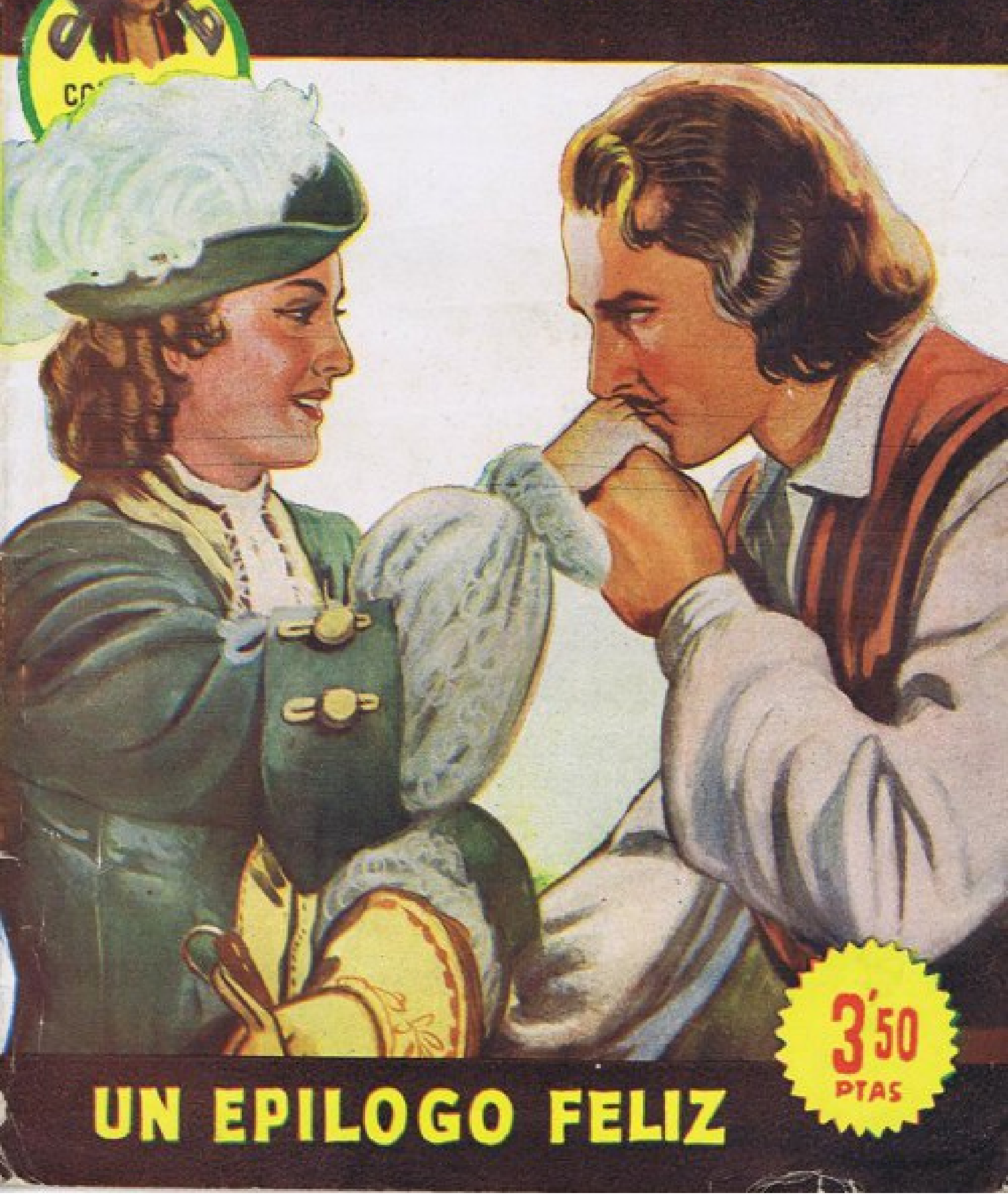
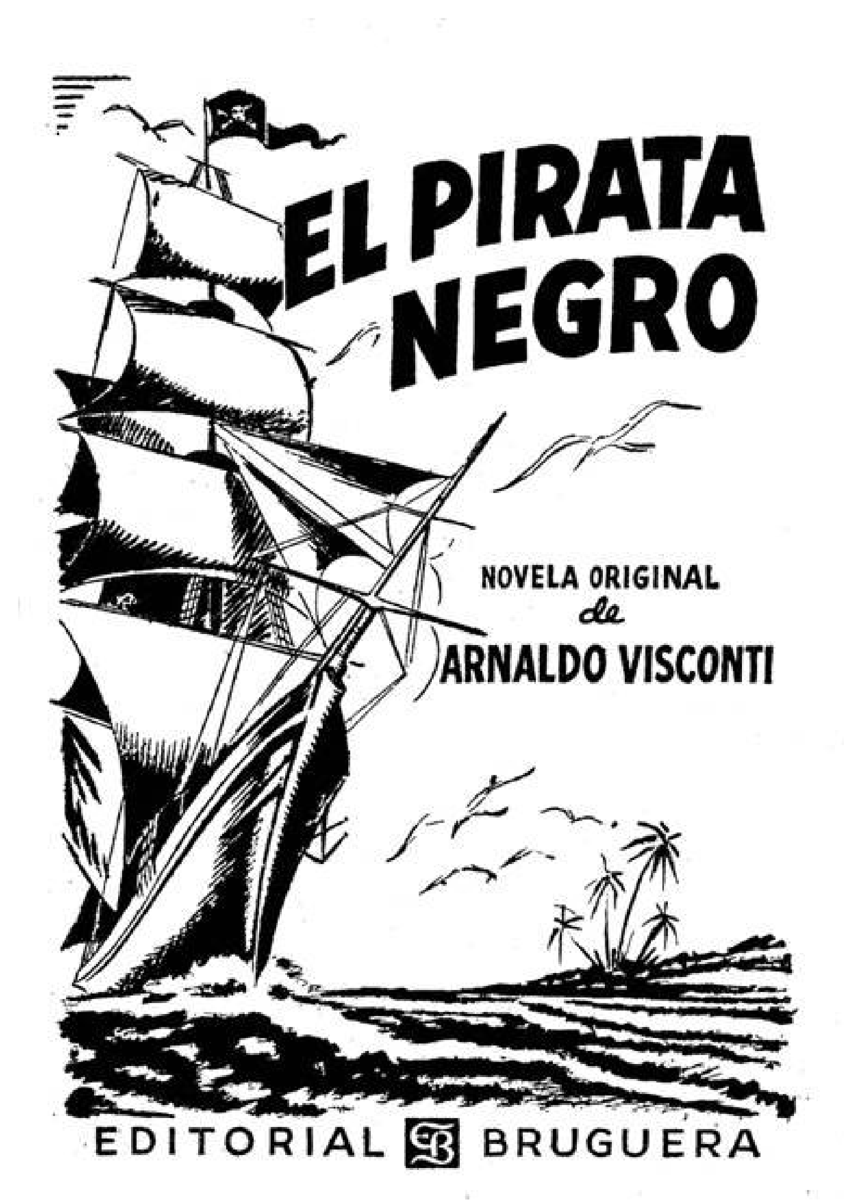
EL PIRATA NEGRO



UN EPILOGO FELIZ

3'50 PTAS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Un epílogo feliz

Colección El Pirata Negro n.° 85

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


UN
EPILOGO
FELIZ

CAPÍTULO PRIMERO

Flechas y venablos

El centenar de jinetes avanzaba al paso y algo de indescriptible había en su comitiva.

Quizá presagiaba fúnebres acontecimientos, la sombría traza de los jinetes, de rostro torvo y cruel, rasgos oblicuos. Eran mestizos chilenos. Formaban parte del último grupo de los Montañeros.

Era cuanto detritus de humanidad en vida seguía errando de la asociación de los Montañeros.

Muertos sus tres tenientes y el jefe de todos ellos[1], ya sólo sobrevivían el centenar de Montañeros del grupo Septentrión dirigidos por el escandinavo Olaf Bjordom.

Los jinetes de la Muerte Errante, ignoraban lo sucedido con los que acompañaron al señuelo vivo Frasco Zarzales, y con los que permanecieron esperando en el monte Diadema.

Otro señuelo vivo, Diego Lucientes, trataba por todos los medios de ahuyentar la fea carátula de la próxima muerte hacia la cual se encaminaba arrastrando a ella a los que servía de guía hacia la tierra embrujada y maldita de los jíbaros y las amazonas.

—...y salí de estampía, prometiendo regresar algún día—mintió el pelirrojo—. Todas ellas eran buenas mozas pero muy autoritarias y exigentes.

—Llevan corazas de oro y rematan sus venablos con perlas como contrapeso—replicó Olaf Bjordom.

Alto y ancho, rubio y carirredondo, el escandinavo tenía una fría inhumanidad en sus límpidos ojos azules.

La orden que había recibido de Marcos Cortezo era explícita:

“Cuando cada Montañero posea una coraza de oro y para mí tengas cien perlas, regresad. Al divisar las mujeres con las corazas

de oro y el lugar de las perlas, descuartiza a “Saltamontes”.

“Saltamontes” era el apodo que Diego Lucientes se había improvisado en su incursión entre las filas de los Montañeros.

—Cuando abandoné el Edén de las Mariposas — explicó Lucientes—estaban los enanos y las mozas entablando batalla. ¿Quién habrá ganado? ¿Ellas o ellos?

—Grande es la comarca y para todos habrá sitio. ¿Falta mucho para llegar al castillo derruido que te ha de servir de punto de referencia?

—Aquel picacho estaba al Sur a unas cien leguas del castillo. Si sabes sumar, calcula.

—Otros dos días de marcha.

—Oye, encanto, ¿por qué no dais trote a los pencos?

—Desde que formé parte de los Montañeros, siempre hemos entrado al galope en el momento del ataque. Pero antes nunca cansamos a los caballos, porque con ellos siempre tenemos que contar.

—Pero os que a este paso me voy a aburrir.

—¿No decías que te sentías sentenciado? Pues vete formulando tu testamento.

—Ya lo hice. Estoy ahora pensando en Marcos Cortezo.

Olaf Bjordom teniente Septentrión de los Montañeros, era de la tierra de los Vikingos, fervientes fanáticos de toda leyenda de brujería.

—No hables de quien está muy por encima de nosotros.

—¿Por qué? Si precisamente me llegaba al estómago.

—Su talle no se mide como para los vulgares.

—Muy vulgar me pareció.

—Dueño es de pactos diabólicos...

—¡Cuentos! El diablo tiene mejor gusto y sólo se entretiene mezclando azufre y pez allá en sus calderos donde pronto vamos tú y yo a parar. No perdería el tiempo con un ente tan poquilla cosa como Marcos Cortezo.

—Calla...—dijo casi suplicante el noruego— Bien está que tú seas incrédulo, pero no atraigas la maldición de los genios protectores de mi jefe.

—Bah... Me cisco en todos ellos...

—¿Niegas los poderes ultraterrenales?

—Yo no niego ni admito. Lo que digo es que Marcos Cortezo es tan de puerca carne como tú y yo.

—También lo creían del Tiburón Blanco y no lo era.

—¿El Tiburón Blanco? ¿Qué es eso? ¿Una taberna donde lo venden de Valdepeñas?

—Era el más audaz de los piratas negreros.

—No oí de él. Estaría ya escabechado cuando me dediqué yo a navegar sobre las blandas olas, pero de todas formas, reconozco que es una lástima que no podamos a veces sumergirnos en ciertos sucesos del pasado y echar luz sobre magníficos episodios. Hay muchos tipejos interesantes para hacer revivir y de los cuales sólo se obtienen vagas siluetas en ciertos memoriales laboriosamente escritos.

Aspiró Lucientes el aire fresco de la selva circundante. Palmeó el cuello de su potro.

—Confórmate, hijo. Esos muchachos no quieren galopar más que cuando hay que pringar. Abreviaremos el camino hacia la última aventura, con algún cuento de miedo. Tú no lo haces mal, Olaf y lo que cuelga. Y yo muchas veces he sentido pena al leer memoriones y ver que sus autores se extendían complacidos sobre banalidades pesadas y resbalaban rápidamente sobre lo que es hondamente sugestivo. Pero tú y yo somos dos pájaros de alivio, y por eso mencionamos sin sagrado horror hacia el mal, las historias de piratas cerdos o de tipos audaces. Es curioso, Olaf y lo demás que abunden más los recuerdos y escritos sobre criminales que sobre los hombres virtuosos. ¿Qué deduciremos de ello? O que son muy aburridos los hombres virtuosos, o que por el afán de ejemplarizar interesa sacar a relucir los trágicos finales de cuantos vivieron malamente. ¿Qué le pasó al Tiburón Blanco?

Olaf Bjordom empezó a relatar la misteriosa vida de uno de esos seres que pasan por el mundo como por el mar una sombra de navio en noche lúgubre se perfila como un fantasma.

Una vida que se esboza como la mueca de un rostro infame. Llevando consigo un misterio que no se penetra.

Uno de esos misterios era el relativo al pirata negrero Moloch. Pocas veces se mencionó su nombre y el de su nave. Los que lo hicieron hablaban con terror. Y en breves palabras trazaban la silueta de un personaje espantoso, sin dar detalles, quizá porque

ellos mismos no los poseían.

El hombre tiene un aspecto tanto más terrible cuanto menos pueden precisarse sus crímenes. Pero los crímenes son poca cosa en la aureola de horror que rodeaba a este pirata negrero.

Lo que era excepcional, raro, y le prestaba un carácter de crueldad inhumana, era la posibilidad de una misteriosa asociación entre él y una de las fieras más feroces de la creación: el tiburón.

Todos saben que las leyes de la naturaleza tan inmutables como parezcan, tienen excepciones. Un pacto extraño entre un negrero y un tiburón puede ser una de esas misteriosas excepciones por las cuales vemos las normas habituales violadas a cuenta de un efecto que parece sobrenatural porque su causa es de un orden desconocido.

Se hace intervenir entonces una magia diabólica, una potencia oculta del mal, lo que da al fenómeno unos fundamentos erróneos de tinieblas, pero lo hace muy atractivo como leyenda, por el aquello de que pudo ser verdad ya que pocos son los testigos que puedan afirmarlo o negarlo.

En el caso del pirata negrero Moloch, se añade un testimonio, uno solo pero es muy sugestivo: no es más que una indicación hecha al paso en el relato de un viajero sin celebridad y además, ese viajero y explorador dice que la indicación la posee de boca de un interlocutor con el cual dialogó en una selva mejicana.

El tiburón que daba tan terrorífica fama al negrero Moloch, es un tiburón blanco y Moloch, además de poseer una tez blancuzca y aceitosa, tenía la cabeza en una extraña forma anatómica que recordaba la del tiburón.

Podemos aclarar cuanto conocemos referente al capitán Moloch y su blanco tiburón. Es poca cosa, en realidad, pero basta a entreabrir una puerta sobre una región enigmática que nunca jamás podrá ser descubierta.

Fué leyendo una historia natural del último siglo, más concretamente, la “Vida de los Animales”, de Jonathan Franklin, publicada en 1860, que vimos mencionar por vez primera el nombre del capitán Moloch.

Se trata de una historia natural como antaño se escribían, llena de descripciones curiosas y pintorescas relativas a los animales salvajes y relatando a este propósito narraciones de caza llenas de

peripecias extravagantes y aumentadas fanfarronamente.

El capítulo de los tiburones empezaba así:

“Las costumbres sanguinarias de estos terribles escualos han suministrado a los antiguos motivos para cuadros emocionantes”...

Un poco más lejos se leía:

“Esté monstruo devora ávidamente todo lo que tiene aliento. Parece ser el genio del crimen desencadenado a través de los más insondables y vastos abismos”.

Y el autor, que es británico, hace el siguiente relato extraído de las “Memorias de la navegación” de un cierto Alfredo que fué aspirante en el navio británico de guerra “El Caballo de Mar».

“El Caballo de Mar”, fragata mandada por el capitán Ponsonby, navegaba por las costas de Africa con la finalidad filantrópica de reprimir la trata de negros.

Su principal objetivo era apoderarse de un buque negrero “El Buitre”, mandado por un pirata al cual sus hazañas sanguinarias habían hecho merecer justamente su apodo de “Moloch”.

“Moloch” evoca inmediatamente la idea de los sacrificios humanos de los fetichistas y salvajes.

Corrían sobre este negrero terribles historias de cargamentos de negros arrojadas al mar con el fin de deslastrar el navio para poder asegurar ingenuamente, cuando el perseguidor le diera alcance, que “El Buitre” cortaba los mares sin más finalidad que la de airear a sus tripulantes, necesitados de reposo y buen clima.

Después de cazar trescientos negros en las costas de Sierra Leona, “El Buitre” fué a su vez objeto de la caza de una fragata inglesa, pero cuando los marinos de Su Graciosa Majestad británica subieron a bordo del negrero no encontraron piel alguna que no fuera bastante semejante a la de cualquier europeo más o menos cuidadoso de su aspecto.

La especial estructura del navio no podía dejar la menor de las dudas acerca del género de tráfico al cual se le dedicaba.

Pero no había prueba fehaciente, y por aquella época ya la tradición de los súbditos ingleses exigía que sin pruebas nada se podía intentar aunque se tuviera la certeza moral de tratar con criminales.

Quizá es en esta ocasión cuando el capitán de “El Buitre”, debió iniciarse en esta voluptuosidad repelente que describió más tarde,

como muy cautivadora, como una de las voluptuosidades las más intensas que puede dar la vida.

La de ver un hombre devorado por un tiburón...

"El Caballo de Mar" cruzaba no lejos de la desembocadura del Níger a lo largo de la costa de una pequeña isla, de la cual Alfredo, el autor de las memorias, no da el nombre.

Fué enviado a la isla, por un motivo del cual tampoco habla, en una lancha con varios remeros.

Sin duda, le había sido encargada la tarea de llenar barriles de agua potable. Dió imprudentemente permiso a los remeros para recorrer la isla y él, para reposar, quedóse solo junto a la lancha.

Vino la noche. Unos toques de silbato imperativos, procedentes de la fragata le previnieron que ya había llegado el momento del regreso. Pero sus hombres, a pesar de los repetidos silbidos, no acudieron.

Alfredo habíase traído consigo un perro llamado "Reefer", perro al cual trata de interesarnos, describiendo variadamente sus múltiples dotes de sagacidad, alabando su fidelidad y del cual anota los reflejos con mucho cariño.

Pero cesa repentinamente de hablarnos de su perro en el resto del transcurso de su relato, como si este magnífico ejemplar de la raza canina se hubiera evaporado por el exceso de calor.

El perro "Reefer" se puso a dar evidentes muestras de una enorme excitación. Varias siluetas confusas se dibujaron en las tinieblas. Pensó Alfredo por un instante que serían sus marineros de regreso.

Pero las siluetas no avanzaban con esta franqueza que puede esperarse lógicamente en honestos marineros de Su Graciosa Majestad volviendo a su disciplinado cumplimiento del deber.

Alfredo empuñó sus pistolas y se dispuso a defenderse. No tuvo tiempo para ello.

De repente, vióse rodeado por ocho individuos que se precipitaron encima de él, y le ataron sólidamente y sin contemplaciones los brazos retorciéndoselos tras la espalda.

Y fué arrastrado al interior de la isla.

Atravesó una jungla espesa y siguió varios senderos que sus acompañantes parecían conocer perfectamente. Después de una marcha bastante larga, se encontraron ante una roca perpendicular

en cuya base había un estrecho paso.

Era la entrada de una especie de gruta que terminaba en una galería subterránea. Las manos de Alfredo quedaron liberadas para que pudiera tocar las paredes de roca y dirigirse hacia una profunda oscuridad.

Hizo así algunos cientos de metros hasta el momento que volvió a vislumbrar la penumbra de la noche. Acababa de desembocar en una playa orientada en sentido opuesto a la que acababa de abandonar.

En aquel momento, la luna se alzaba a lo lejos sobre el mar e iluminaba un paisaje del cual, pese a la enojosa situación en que se hallaba, pudo apreciar la gran belleza.

Era un puerto que no comunicaba con el océano más que por un delgadísimo estrecho y rodeado por todos los sitios por una arena dorada.

Un anfiteatro de rocas basálticas se erguía alrededor de esta playa circular y en medio, las aguas color de zafiro; maravillosamente transparentes, resplandecían a la fantasmagórica luz de la luna.

Lo que chocó primeramente a Alfredo fue un navío, inmóvil y silencioso, cuya sombra se proyectaba hasta alcanzarle.

Por las descripciones que con frecuencia había oído, reconoció de inmediato “El Buitre”. Su aspecto, que habría, en otras circunstancias, juzgado muy normal, convertíase en fantástico por el juego de la luna que cabrilleaba por mástiles y velas.

Pero lo que más impresionó a Alfredo, lo que hizo repicar su corazón, primero de curiosidad y después de terror, fue el ver, o más bien adivinar, bajo las claras aguas del mar, una cosa extraña que se deslizaba sin ruido alrededor del casco.

No comprendió hasta después de unos instantes, lo que podía ser aquel lento deslizarse, aquel estremecimiento submarino, aquella larga mancha blanca.

Sobre la superficie de las aguas pasaba una aleta blanca, y comprendió que un tiburón enorme, con un color anormal blancuzco lechoso, giraba alrededor del buque.

Y era, sobre todo, el carácter familiar y acostumbrado de aquel rodeo lo que aterrorizaba.

Alfredo no pudo impedirse de mostrar con el dedo la fiera a los

hombres que le acompañaban.

Pero no parecían estar en lo más mínimo extrañados de aquella presencia, y uno de ellos le contestó, con una risotada:

—Es nuestro centinela. Siempre sigue y vigila “El Buitre”.

Había una lancha en la orilla. Obligaron a subir en ella a Alfredo. Es aquí donde el autobiógrafo se nos olvida del perro “Reefer”, que hasta entonces tan fielmente seguía a su amo.

Un grupo de pintorescos bandidos esperaba su llegada sobre la cubierta de “El Buitre”. Y he aquí la rápida escena de la cual fue perplejo testigo el joven oficial.

En la popa del buque, una mujer negra se encontraba acurrucada cerca de un muchacho que podía tener unos catorce años.

Estaba desnudo y era muy flaco, y emitía sordos gemidos, temblando de fiebre y miedo. Parecía haber llegado al último grado de agotamiento y Alfredo supuso que algunos hombres de la tripulación habían permitido a aquella madre con su hijo el salir unos momentos para abandonar el infecto permanecer en la cala donde de ordinario se ataba, en larga cadena, a los esclavos.

Habían ido a buscar a Moloch, que apareció sobre el puente.

Era un hombre de gran talla, fuerte, con cabellos y largas patillas enmarcando un rostro blancuzco.

Su frente terminaba en punta y estaba cortada en dos por unas cejas que se reunían en el centro.

“Se distinguía—dice Alfredo—, en rasgos de fuego indeleble, sobre su semblante de una inteligencia poco común.”

Moloch vió al llegar a la negra y a su hijo, y dio la orden perentoria “de hacer bajar aprisa aquellas bestias a la cala”.

Hablando así, administró un puntapié al niño. Éste intentó en vano levantarse. Al moverse, dejó ver que su pierna derecha, horriblemente hinchada, estaba rota que no podía sostenerse sobre ella.

Las extrañísimas cejas de Moloch descendieron.

“Mi barco no es un asilo—dijo—. No hay sitio a mi bordo para los tullidos.”

Cogió al niño por la pierna enferma, y sin el menor esfuerzo aparente lo volteó por encima de su cabeza, soltándolo al tercer giro y lanzándolo por encima de la borda.

Hubo en las aguas un surco rápido de aquella forma blanca y fantástica que tan vivamente había chocado al joven oficial, y el ruido de un cuerpo que cae, otro ruido más horroroso y crujiente, y reinó de nuevo el silencio.

Aquí, desgraciadamente, se terminaba la narración del naturalista. No hemos podido averiguar lo que le sucedió al joven oficial Alfredo, si bien no es difícil suponer que escapó salvo y sano de manos de los negreros, puesto que podíamos leer siglos después un fragmento de sus Memorias, gracias al naturalista Franklin.

Fué cuando vimos mencionar por segunda vez el nombre de Moloch en un relato por completo diferente, que nuestra curiosidad hacia él se desarrolló con impaciencia, una curiosidad que no pudimos satisfacer más que imperfectamente.

En este otro relato, Moloch desempeña un papel del todo secundario. Ya no se encuentra en las costas africanas, sino en las de Méjico. Parece retirado de la piratería y del comercio de los negros.

Esto repugna al espíritu de íntima justicia que todos llevamos dentro, y que nos exige que los malvados de los cuales hemos conocido el relato de sus crímenes sean finalmente castigados.

Moloch no había sido aún castigado en la tierra, al menos por lo que se desprendía. A veces, algún gran criminal ha terminado sus días terrenales en la más blanda de las camas, rodeado del afecto de la gente y aparentemente en dulce serenidad.

Un determinado Eugenio Jouve, que carece de celebridad en la literatura de viajes y exploraciones, publicó en *Le Courrier de Lyon* el relato de sus aventuras en Méjico y particularmente en las orillas del Guazacoalco.

Estas aventuras nada tienen de extraordinario, y sólo valen por la manera en que han sido relatadas, estilo que, si hubiera paladar, tendría ya que haber valido mucha notoriedad para este escritor.

Eugenio Jouve encuentra en las riberas del Guazacoalco los vestigios de una colonia de franceses que habían venido a Méjico algunos lustros antes con la vulgar esperanza de lograr enriquecerse desbrozando tierras salvajes.

La dramática historia de aquellos aventureros pasma de asombro y nos hace apreciar aún más las delicias del hogar, al que, cuando lo encontremos monótono, nos convendría comparar con la suerte

final de los ambiciosos viajeros.

Es charlando con uno de los franceses supervivientes de las pestilentes miasmas de la selva mejicana, defendiendo sus vidas contra las serpientes y los jaguares, y trabajando en una pequeña plantación que les permitía no morirse de hambre, que Eugenio Jouve oyó mencionar al capitán Moloch.

No conocía las Memorias del joven oficial aspirante Alfredo, y, por lo tanto, el nombre de Moloch nada evoca en él.

El francés que había conocido a Moloch, y que se llamaba Freluquet, había permanecido algún tiempo en Veracruz.

Eugenio Jouve acababa de pasar por aquel puerto y se había asombrado del gran número de tiburones que pululaban por aquellas aguas y alrededor del fuerte de San Juan de Ulloa.

Conversando con Freluquet en la choza de troncos donde recibía hospitalidad, Eugenio Jouve habló con su anfitrión de los peligros que las bestias salvajes hacen correr a los humanos.

Aquella conversación podía recibir una inmediata ilustración. La choza donde tenía lugar estaba casi limitando con la inmensa muralla tupida de la selva.

El trozo de tierra que Freluquet y los suyos habían arrebatado a la delirante invasión de los árboles y de la vegetación era, en verdad, pobre y poco extenso.

Mientras hablaban, hacían pausas para mirar entre los intersticios de las ramas que formaban las paredes, si no apercibían el deslizarse de alguna silueta de bestia, y una vez notaron una fuerte respiración tras la puerta sostenida tan sólo por un cerrojo.

Era el aliento de un jaguar de alta talla, del cual no habían oído los aterciopelados pasos, y que se alejó lentamente, como pesaroso de no haber sido invitado a entrar.

Eugenio Jouve explicó una aventura que le había sucedido remontando el Guazacoalco sobre una piragua manejada por dos indios.

Viendo un cocodrilo enorme, con las mandíbulas abiertas, reposando sobre un banco de arena, pidió a los indios avanzar lo más cerca posible para disparar.

El cocodrilo es muy cobarde fuera del agua, y les extrañó mucho de podérsele aproximar.

Eugenio Jouve disparó a bocajarro. Recibieron aún mayor

sorpresa al verle recibir el balazo sin moverse ni huir. Pensaron que la bestia estaba muerta.

La lancha atracó. Se acercaron, y sólo entonces el cocodrilo cerró las mandíbulas con calma y desapareció en el agua.

Hablaron de la familiaridad de los anímales salvajes con los hombres... Cuando se produce, lo cual es excepcional, es causada por la ausencia de todo temor.

Pero hay a veces una razón mucho más obscura e inexplicable. Los dos conocían la leyenda que pretende que el león de la América meridional, el puma, no solamente no ataca al hombre, pero le da en muchos casos verdaderas pruebas de amistad.

Freluquet conocía muy bien los leones de Méjico, que eran muy abundantes, en las selvas del Guazacoalco.

Quizá en aquel mismo instante en que estaba hablando, alguno de ellos rondaba tras las maderas demasiado estrechas de la choza. Podía atestiguar que los leones de Méjico en nada se parecían a los de la América del Sur.

Y lo apoyaba en que había visto por dos veces devorar hombres sin demostrarles la menor amistad ni antes ni después...

Es entonces cuando sembró el desconcierto en el alma de Eugenio Jouve, contándole el caso excepcional de un tiburón que le había parecido muy amistoso con un hombre.

Era en el puerto de Veracruz, y el hombre era uno de los más excepcionales que le fuera dado conocer a nadie.

Un hombre excelente, desde el primer contacto. Inteligente, jovial, alegre y que le había proporcionado sensatos y útiles consejos acerca de la tierra mejicana, los mejicanos y los muchos maleantes que se encontraría.

Empezaba ya a tomarle amistad a su nuevo amigo, cuando supo por otro conducto que era un negrero y un pirata cuyas hazañas eran repulsivas y que había sido mucho tiempo objeto de la sañuda pero fracasada persecución de la ley.

El nombre bajo el cual se le designaba era Moloch, y, aunque hubiera sido negrero y pirata, en Veracruz seguía viviendo impunemente, sin que nadie le negara la palabra.

Fué tomando un baño cuando Freluquet conoció a Moloch. El lugar donde nadaba Freluquet era un sitio desierto del puerto de Veracruz, donde las aguas estaban claras y calmosas.

Moloch había aparecido para nadar en el mismo sitio. Los dos hombres habían regresado a la orilla al mismo tiempo.

Moloch había dicho entonces que era muy peligroso el bañarse en aquella parte del puerto, a causa de la incontable cantidad de tiburones que venían allá atraídos por los despojos de sacrificio de ganado que allí se echaban cada noche.

El matadero estaba, en efecto, muy cercano...

—Mirad—dijo.

Y mostró a Freluquet la aleta de un tiburón que le pareció de grandes proporciones.

Una aleta blanca...

—Nunca había yo visto un tiburón blanco...—declaró Freluquet, extrañado ante el color del escualo.

—Este es quizá el único que hay en todos los siete mares que he recorrido—replicó Moloch—. Está encariñado con aquella vieja carcoma de barco que allí podéis ver.

Freluquet supo más tarde que aquel navio abandonado, y que ya no era más que un casco esquelético incapaz de navegar, había sido en otros tiempos el ágil “Buitre”.

Freluquet preguntó entonces a Moloch por qué él mismo se bañaba precisamente en aquel rincón del puerto, dado que conocía la presencia permanente de aquel enorme tiburón banco.

Moloch se echó a reír, y dijo una enigmática frase, en la cual se trataba del placer tan especial que producía el ver a un tiburón devorando a un hombre.

—Una voluptuosidad intensa, muy cierto, y, tal como os lo digo, caballero. Nadie puede forjarse una idea ni siquiera aproximada de lo que eso representa.

Quedóse unos instantes como soñando, y dijo a continuación, designando la aleta lechosa que aparecía a intervalos:

—Precisamente para mí, es porque aquí está ese blanco tiburón que yo nada tengo que temer.

Poco después, al tercer día del encuentro de Freluquet con Moloch, un muchacho perdió una pierna en las fauces de un tiburón, y durante varios días nadie se atrevía a bañarse en aquellas aguas del puerto de Veracruz.

Tan sólo Moloch, a su hora acostumbrada, iba a nadar, y precisamente ante el matadero y en la vecindad de “El Buitre”, y

que tenía fama de ser el lugar más infestado de tiburones.

Varias veces Freluquet creyó apercibir desde la orilla el surco de la blanca aleta, que parecía describir círculos alrededor de Moloch, que nadaba pausada y tranquilamente.

Añadió que, por más extraordinario e inverosímil que aquello pudiera parecer, la forma en pan de azúcar de la frente, las largas mandíbulas y la piel blanca y húmeda del hombre del tiburón, le hacían semejarse a él mismo con un tiburón que llevara patillas negras.

Y acabó con esta originalísima manifestación:

—¡El mundo está tan lleno de misterios!...

Este es uno de lo que podemos calificar de gran misterio, quizá porque se relaciona con lo maligno, y con algo que sería muy de temer si fuera cierto; la asociación del hombre y de la bestia para hacer el mal.

Si pensamos en que hay asociaciones análogas, basadas en la fidelidad y los servicios prestados, entre el hombre y la especie canina, por ejemplo, o el género equino, no hay, pues, tanta inverosimilitud absoluta en la asociación, basada también en intercambios, entre el hombre y el tiburón.

Aquel tiburón blanco, aquel excepcional tiburón, de lento deslizar de bestia de presa, cuya vida está asegurada, quizá pudo aprehender en la obscura profundidad de su instinto que los manjares de selección, los manjares humanos le eran otorgados por cierto hombre.

Y que aquel hombre sentía simpatía hacia él, hacia su perenne presencia, hacia el oficio de verdugo que realizaba, y el símbolo horroroso que representaba.

Un lazo pudo constituirse, lazo que arrastró durante años y años al tiburón blanco tras la estela de “El Buitre”.

Y cuando “El Buitre” se convirtió en un casco podrido e inmóvil, del que ya no caían seres humanos para devorar, el tiburón reconoció a su amo y generoso obsequiante en las aguas de Veracruz.

Reconoció en él un igual, un hermano, del que por mucho tiempo había llovido la abundancia para él, y en gratitud le defendía contra los otros tiburones, formando a su alrededor círculos protectores.

En realidad, el negrero Moloch, nadando familiarmente en la compañía del tiburón blanco, no es un caso mucho más extraordinario que el de un hombre montando un caballo, o de una dama paseando su perrito.

Es tan sólo un caso levemente más curioso.

Si se estudiaran las costumbres de los pueblos salvajes preferentemente los pueblos oceánicos y africanos, veríamos que la crueldad y el apetito de destrucción son una base de alianza tan sólida como el desinterés y la amistad.

No hemos podido encontrar más informes sobre cuanto se refiere a Moloch, sus hazañas y su fin.

Es muy verosímil que, contrariamente a toda moral, que exige el castigo de los malvados, vivió rico y alabado en la ciudad de Santa Cruz, donde las autoridades, por aquellos tiempos, no tenían la costumbre de solicitar excesivos detalles sobre el pasado de cuantos a ella acudían.

Quizá se casó, tuvo niños, fué un buen esposo y mejor padre, cuidando muy apurado la pierna de su hijo donde un granito sonrosase amenazador de una pupa.

Y es muy posible que los atardeceres se complaciera en conducir a su familia por los alrededores del fuerte de San Juan de Ulloa, para enseñarles en las aguas enturbiadas ya por el crepúsculo el surco de un gran tiburón blanco.

Los últimos comentario debíanse a Diego Lucientes. El cual, poco después, añadía:

—Quien más, quien menos, tiene su pequeño tiburón oculto. Tú eres un Pepe muy leído, y tu aspecto es de Pepe, nombre que le encaja al perfecto hombre honesto. Y ya ves, yo, a tu lado, siendo quien soy, me siento casi un angelito.

—Moralizador eres, como ya te dije, por ser un bandido..

—Es que a medida que me acerco al final de mi existencia, más asco siento por la vida, donde los que, como yo, quisimos pregonar en alardes sinceros nuestra concepción de un mundo mejor, sólo hallamos como réplica el calificativo de cínicos. Tan sólo había un hogar que me parecía cúmulo de delicias y perfecciones… Muy atrás queda.

Cerró Lucientes los ojos porque evocaba la imagen de su hija y el hogar del Pirata Negro. Y rió suavemente, porque también su

imaginación veía la ceremonia de la boda de Gabriela Lucientes con Cheij Lezama.



—¿Qué te causa risa, Saltamontes?

—¿Qué te causa risa, Saltamontes?

—Eso. El ser un saltamontes que nunca en realidad supo lo que quería. Le empachaba la felicidad, le amargaba el peligro, buscaba reyertas, y sólo hallaba paz en el fondo de un vaso, cuando se había vaciado unas cincuenta veces. Ya comprendo ahora, por qué estoy tan melancólico, ¡repámpanos! ¡Hace tres días que sólo bebo infecta agua!

—Allá quizá encuentre vino...—dijo Olaf Bjordom, indicando con la diestra una confusa masa que a lo lejos se erguía.

—El castillo de Tumuc Humac...— murmuró Lucientes—. ¿Vino, allá?.. ¿Por qué no? Aunque me huelo a algo de color rojo que no será vino precisamente. Y hablo de mi sangre, porque me parece que la vuestra de todos juntos no tendrá color. Será blanca y lechosa como las malas ideas del tiburón blanco.

Los Montañeros de Septentrión siguieron su camino hacia el derruido castillo, primer jalón de la tierra de los jíbaros y las Damas del Arco.

CAPÍTULO II

La luna consejera

Los altos cipreses mecíanse blandamente en sus copas, aireadas por el débil soplo de la noche primaveral.

De vez en cuando la luna arrancaba blancos destellos de las lápidas que señalaban los lugares donde yacían los que definitivamente habían hallado un reposo eterno.

Era el camposanto de la ciudad virreinal de Latacunga. Había mausoleos de severa suntuosidad, cuyas inscripciones hablaban de gloriosas vidas...

La hora tardía de la noche convertía en desérticos aquellos lugares. Hacía ya más de dos horas que el sepulturero descansaba sin la menor zozobra en su camastro, ocupando la única habitación de un ser con vida en aquel prado fúnebre.

Aun el espíritu más esforzado habría escogido para visitar aquel lugar horas en que la luz diurna, diseñando con precisión los contornos, evitara las alucinaciones propicias que engendran la soledad, el silencio y la noche en los cementerios.

No obstante, por la entreabierta verja de entrada se deslizó una silueta humana.

Era un hombre embozado en su capa, y llevando bajo el brazo un informe amasijo de extraña configuración.

El sepulturero, removiéndose en su camastro, despertó por unos instantes al oír unos compases musicales de melancólica resonancia.

No se levantó: había recibido una generosa dádiva para permitir que aquel extraño visitante del violín permaneciera cuanto tiempo se le antojase ante una tumba recientemente ocupada.

Humberto de Ferjus lloraba con sollozos de violín su primera pena de amor.

Sus ojos extáticos parecían querer fijarse para siempre en la mente lo que en letras de piedra esculpíase en la blanca roca funeraria:

“Yace aquí Teresa de Samaniego.”

Furtivamente, otra sombra deslizóse con acrobática agilidad por uno de los blancos muros que rodeaban el camposanto.

Avanzó con cautela hasta quedar oculto por el erecto muro de un mausoleo que cantaba las excelencias del que en vida fué brioso conquistador de tierras con las que engrandecer el dominio español.

El violinista truncó de pronto su melodía, y, más que sentarse, cayó desplomado sobre la lápida.

Su brazo diestro, aun sosteniendo el arco, pareció querer abrazar la fría piedra.

La luna, vertiendo refulgente luz, aureoló el grupo del hombre agobiado y la marmórea inmovilidad letal.

El que oculto parecía espiar, consideró quizá llegado el momento de descubrirse porque avanzó ya sin la menor cautela, y, llegando junto al músico, apoyó en su hombro la diestra.

Humberto de Ferjus por unos instantes demostró estar alejado de cuanto terrenal le rodeara, porque ni siquiera se movió.

—Humberto, hermano — dijo el recién llegado con cariñosa entonación, mientras su diestra amasaba con gesto calmante el hombro del “violinista aristócrata”.

Tardó el interpelado en contestar. Cuando lo hizo, fué casi con sequedad:

—Déjame a solas, Cheij.

—Son ya cuatro las noches consecutivas que aquí vienes, y he decidido, en ausencia de nuestro padre, ejercer la difícil misión de hermano mayor.

—Déjame, Cheij—repitió Humberto, casi imperativamente.

—¿Por qué habría yo de dejarte con tu pena, Humberto?

—Porque nadie puede aliviármela.

—Pero sí compartirla.

—Entonces..., si compartes mi dolor, déjame a solas.

—No, porque considero enfermiza tu actitud. No te enojes conmigo, Humberto, y esfuérzate en considerar que trato de hablar como lo haría nuestro padre, aunque no logro ser más que un torpe remedo del que nos dió la vida. Procuraré recordar muchas de las

frases que le oí, y que indelebles quedaron en mi mente. Ya desde niño siempre intenté imitarle. Y casi puedo hablar por su boca, porque sé lo que te diría él aquí mismo, si no estuviera ausente.

—Las palabras de nada sirven..., Cheij. Nada ni nadie me devolverá a la mujer que iba a ser mi esposa,

—Tu temperamento es muy diferente al mío, Humberto, porque tu inteligencia es superior, y también tu sensibilidad. Por eso mismo debes ser generoso conmigo y perdonarme si he venido dispuesto a decirte con rudeza cariñosa lo que es preciso te diga.

—Te ruego me dejes a solas, Cheij.

—¿Qué diría nuestro padre si te viera amilanarte, pasar tus días encerrado sin querer ver a nadie, y tus noches haciendo sollozar tu violín sobre una lápida? Es doloroso lo que te ha sucedido, pero mucho menos de lo que te imaginas..., porque la muerte truncó en su inicio tu idilio.

—Tanto más doloroso es.

—No. La verdadera pena de amor no la conoces aún, y mi alma te desea que nunca la conozcas. Es tan distinta...

—Tus palabras no lograrán darme el menor consuelo, Cheij. No obstante, porque eres mi hermano, te las consiento.

—Así debes hablar, Humberto. Y él te hablaría más o menos como he decidido hacerlo. Te diría que de nada sirve cultivar en nosotros mismos ese sentimiento de complacernos en nuestro propio dolor. Que el hombre merecedor de tal nombre, se estruja con el puño el corazón, y forzando una sonrisa sigue adelante, porque la vida que poseemos la tenemos sólo de prestado, y no podemos disponer de ella.

Cheij Lezama abrazó por los hombros a su hermano, obligándole con afectuoso impulso a levantarse.

—¿Crees que te he seguido por malsana curiosidad, Humberto?

—Bien sé que no...

—En tu cinto brilla la vaina del estilete que regalaste a Teresa. Lo has llevado durante esas cuatro noches... Y ayer mismo por unos instantes temí que cometieras la cobardía de matarte...

—No debes juzgar mi desesperación...

—Me arrogo el derecho de hacerlo en nombre de ella, tu madre. La quieres con todo tu corazón, y no obstante, con un egoísmo cruel, parece no importarte nada que ella sufra. Son cariños

distintos entre los que no cabe comparación. Te resultará quizá duro que ante la lápida de la que iba a ser tu esposa tenga que decirte que como el amor de una madre no existe igual. Por ella, pues, y con toda la autoridad que ello me concede, exijo que ceses en esa actitud de complacencia en tu propio dolor de enamorado, para que cumplas con tu grato deber de hijo.

Alzó Cheij el rostro, y, manteniendo abrazado a su hermano menor, miró la blanca mancha redonda que resaltaba en el negro cielo estrellado.

—La luna es buena o mala consejera, dice nuestro padre, según sea el temple de quien la consulta. Y esta noche nos puede unir mucho, Humberto..., que no quiero yo que nos separe. ¿Estás dispuesto a acatar mi autoridad de hermano mayor, que en ausencia de nuestro padre debe mandar como en su nombre?

—¿Cómo quieres que pueda responder a tu pregunta? Mis sienes arden, tengo vacío en el alma...

—No. En el alma queda siempre viva la imagen materna. Ven conmigo, Humberto. Salgamos de este lugar al cual tus visitas deben espaciarse, porque ella misma así lo quiere. Ojalá pudiera Teresa hablarnos, y por sus labios lo oirías...

Insensiblemente, con sagaz intuición iba Cheij Lezama logrando su difícil empeño.

—La inactividad en que estamos es la que tiene la culpa, Humberto. Y alguien nos llama. Yo lo siento... Alguien que está en gran peligro, y en cuyo auxilio debimos acudir. El hombre que mató a Teresa era un Montañero, Humberto. Y otros Montañeros, llevándose consigo a Diego Lucientes, acuden a tierras que yo conozco, y que si por otros son llamadas embrujadas y malditas, para mí son de sortilegio y benditas, porque en ellas mi padre me abrazó. Y necesitamos ir hacia allá...

—¿Por qué...?—preguntó Humberto, que trataba aún de resistirse al lento pero continuo abrazo que quería separarle de la tumba.

—Este anochecer me ha visitado el agente Pablo Loreto. No pudo evitar la muerte de Frasco Zarzales[2]. Me ha explicado lo que sucede. Nuestro padre, en compañía de Lorenzo Olivares, el jefe de policía, y del teniente Santana, de caballería, y un grupo de desbravadores, va en seguimiento de Diego Lucientes, que como

vivo señuelo atrae hacia la tierra de las amazonas a lo que resta de los Montañeros. Esa es tu ocasión, Humberto... Véngala a ella... Teresa sufrió por culpa de todos ellos...

Humberto de Ferjus separóse de pronto del abrazo de su hermano. Hincó la rodilla ante la tumba, sobre cuya lápida depositó el rico estilete cuya vaina destelló al resplandor lunar.

Colocó el violín y el arco. Y habló entrecortadamente:

—Sólo para ti sonó ese violín, Teresa. Tú nos has oído, ¿verdad? Y sabes que tiene razón mi hermano Cheij. Debo vivir para vengarte primero, y después para recordarte.

Cuando ambos salían del camposanto, Cheij preguntó:

—¿Puedo abusar de mi autoridad de hermano mayor?—Y su sonrisa, al mirar a Humberto de Ferjus, hizo que éste mudamente estrechara el abrazo con que ambos enlazábanse los hombros.

—Es que hay algo que me intriga—añadió Cheij—. Cuando tú, como "Pañuelo Negro", traías de cabeza al león, hubo una intervención tuya muy oportuna. Era cuando nuestra madre estaba presa por los esbirros ingleses del pirata Kidd. ¡Qué deliciosa es nuestra madre, Humberto!—rió cariñosamente Cheij.

Todo su afán era apartar de la mente de su hermano el recuerdo reciente.

—Cada vez que me contaba como tú, enmascarado, interviniste, yo no quería desmentirla, pero mentía.

—¿Mentir mi madre?.. — protestó Humberto.

—Lo es mía también aunque el ser no me diera. Y digo que mintió.

—Lo niego.

—Vamos a ver... Dice ella que tú apareciste y disparaste cuatro balazos certeros que dieron muerte inmediata a los maleantes.

—Así fué. Soy muy buen tirador.

—Pero dice ella que sólo disparaste con la diestra.

—Así fué.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Que yo sepa, no hay más arma que la pistola de doble cebo, y sólo con dos de ellas pudiste disparar. Pero, en cambio, nuestra madre se obstina en decir que fueron cuatro fogonazos seguidos, que brotaban de tu mano diestra.

—Y así es.—Y parecía latir una nota triunfal en el tono de Humberto de Ferjus.

—Fanfarrón... — dijo suavemente Cheij.

—¿Fanfarrón yo? ¡Ahora mismo lo verás!

—Y, además de verlo, ¿por qué antes no me aclaras ese misterio? Comprenderás que si puse en duda los asertos de nuestra madre, fué porque consideraba muy natural que su pasión maternal la hacía ver visiones. Yo entiendo de armas. Dos pistolas de cebo doble pueden disparar cuatro plomos, pero dejan entre cada disparo el tiempo suficiente para que un rufián sepa replicar. Y los cuatro piratas ingleses no tuvieron ni tiempo de sacar sus armas. La pistola de doble cebo, entre cada gatillazo, tarda unos segundos... Y, no obstante, Mireya, nuestra gran dama única, me estiró de las orejas porque yo manifestaba incredulidad, al ella decirme que tú disparabas de seguido... ¿Un relámpago que te has inventado?— bromeó Cheij.

—Si no me equivoco, Cheij, vamos a salir tras el rastro de don Diego y a la vez del hidalgo león. Cuando nos tropecemos con él, rugirá, y dirá que si lo tomamos por un inválido que necesita ayuda... Pero le acallaremos las protestas, porque le enseñaré lo que tú no quieres creer..., y a lo mejor de mucho nos sirve si hay peligro.

—Siempre dije que eras un “reservón”, “Pañuelo Negro”. Pero me conformo con no pretender averiguar el misterio de tu rayo exterminador, ya que con él asombrarás a nuestro león.

En el hogar del coronel Lezama, Humberto, antes de volver a reunirse con su hermano Cheij, no hizo más que recoger dos estuches de violín. Dos sencillos estuches corrientes...

En el patio, tres hombres sostenían, antes, de la llegada de ambos hermanos, un diálogo vacilante.

—Es que da grima también eso de no saber hablar...— manifestaba Juan Pérez, el “gracioso” del “Aquilón”.

—Si estuviera “él” aquí — comentó Lucio Agudo—, pues “él” sí que lo arreglaría.

El tercer hombre del grupo limitábase a fruncir el ceño, contrayendo el rostro cicatrizado en mueca espantosa.

—Y pensar que nosotros somos los cuatro mejores del “Aquilón” y no sabemos arreglar esto...—quejóse Juanelo,

“Cien Chirlos” prefirió acudir al reproche:

—¡Hatajo de borricos... que somos! Venga burlarnos del “Pencas” cuando estaba haciéndole cucamonas a su esposa, y ahora que ésta se ha muerto, y el navarro está hecho un higo pasado, nosotros aquí sin saber ni qué hacer ni qué decir.

—Tú puedes arreglarlo...—dijo de pronto Juanelo, señalando al lugarteniente del Pirata Negro.

“Cien Chirlos” miró tras de él, como si hubiera alguien más. Al darse cuenta de quo Juanelo le señalaba a él, replicó:

—Yo soy muy torpe en eso de palabrear.

—Verás, don Marcelo...

—Sin guasas, ¿eh?—gruñó el viejo pirata—. Que no estoy yo ni está nadie para chirigotas, Juanelo.

—Te llamo don Marcelo porque, pese a todo, te tengo mucho respeto. Tú sabes que eres muy besti..., que eres muy terco, compadre, y que no nos dejas a nadie acariciar a tu “Colasa”.

Entre las piernas de “Cien Chirlos” una rolliza perra lanuda alzó el hocico al oír mentar su nombre.

—¿Y qué pasa con mi guapa?..— masculló el lugarteniente.

—Pues... mira..., como el “Pencas” se reía mucho de las carantoñas que le haces a tu guapa, pues... si vas y le dices que puede..., en fin, que le prestas la “Colasa” para que se distraiga..., pues será como el mejor regalo que tú eres capaz de hacer.

—¡Joroba!—exclamó Lucio Agudo. —¡Este Juanelo es un talento, vaya que sí!

—¡Vaya que sí!—aprobó el propio alabado.

—Probaré...—consintió “Cien Chirlos”—. Aguardadme vosotros aquí, porque estando presentes los dos, quizá el navarro se rebrincase. ¿Por dónde anda ahora?

—Allá al otro extremo del jardín..., y como desde que han enterrado a su Carmen está borracho perdido... y no hay quien se le acerque... A ti te tiene mucho afecto, don Marcelo.

El lugarteniente, seguido por “Colasa”, dirigióse hacia el lugar señalado por Juanelo y Rucio.

Ambrosio Bustamante, “Pencas” por apodo, echado boca arriba, cruzadas las manos bajo la nuca, parecía estimar como el más blanco colchón el verde césped y como mejor de los techos el dosel estrellado donde la luna plateaba la noche.

Gruñó aviesamente cuando oyó alguien acerarse, y su diestra tanteó nerviosamente el puñal...

—Atrás quien sea—silabeó.

Sus ojos estaban inyectados en sangre, y, aunque repleto de vino, conservaba claro el entendimiento, porque, por más que lo buscaba, no podía ahogar la nostalgia cruenta del recuerdo de su esposa asesinada vilmente[3].

—Soy yo con la "Colasa", compadre—dijo "Cien Chirlos", mansamente.

Dábase él cuenta ahora de que apreciaba mucho al navarro, pero que sentíase incapaz de hallar las palabras adecuadas para demostrárselo, porque, como todos aquellos hombres educados en la ruda escuela del diario luchar, no sabía exteriorizar su sentimentalismo.

—Te pudras tú y se reviente tu perra—rezongó "Pencas".

—Vas a coger relente—repicó "Cien Chirlos".

Si su respuesta era incoherente, no se le antojó así al navarro, que siguió tendido.

—Cojo lo que me da gana, ¿te enteras, señor segundo? Pítima, relente, luna y... ¡lo que quiero! Vete.

—No seas así, "Pencas", hombre... Te traigo a la "Colasa" para que te distraiga y...

—¡La "Colasa", como me la acerques, me la meriendo! Yo soy de mal beber y necesito carne.

—No seas así, "Pencas", hombre... —repitió el fiero lugarteniente, que ahora parecía un manso cordero—. Llevas tres días que te dejarán mucha resaca. Y si nuestro jefe estuviera aquí ahora, él sabría decirte lo que falta hace...

—¡Con todo lo que él puede, no me devolvería a mi...! ¡Fuera, vete de aquí! Anda, lárgate, y ríete con los otros dos borricos... Eso es... A reír, diciendo que estoy hecho un trapo porque... me encariñé con una mujer que era buena... ¿Te enteras, borrico?.. Era buena... y me ha dejado solo...

Dió el navarro una vuelta sobre sí mismo para quedar tendido de bruces sobre la hierba.

"Cien Chirlos" iba a irse, cuando recordó que por turnos todos lo vigilaban en evitación de que cometiera un acto irreparable.

Y halló una repentina elocuencia, como en todos los momentos

decisivos. Sentóse junto al navarro, y entre sus piernas "Colasa", adoptó una postura meditativa, ladeada la cabeza y colgante la lengua.

—Oye, compadre... Tú y yo somos los dos más antiguos del "Aquilón". Los dos mejores y más brutos. No me rechistes, que ahora hablo yo... Pega, si quieres, que no me he de revolver... Ni yo ni Juanelo ni Rucio nos reímos, que, muy al contrario, nos trae atosigados tu pena de muy macho. O sea, que no me insultes ni insultes a los otros dos, porque seremos muy bestias, pero en lo tocante a saber cuándo está bien lo que bien está, para eso somos los cuatro mejores del "Aquilón"...

El navarro continuó de bruces, pero era evidente que sus músculos habíanse de nuevo relajado.

"Colasa", como si aprobara las frases de su amo, dió una grave cabezada y miró por un momento al navarro, esperando la réplica.

Pero fué "Cien Chirlos" el que continuó hablando:

—La luna es buena consejera para los hombres de mar, "Pencas". Te has pasado tres días bebiendo y sin que nadie pudiera acercársete. ¿Alguien te ha molestado? Ya ves que hasta la misma señora ha llorado mucho... Y... ¡por los cuernos de Belcebú!, ¿crees tú que porque no llevemos la jeta empapada en llanto nosotros tres no compartimos tu pena? Lo que pasa es que estás muy terco, hombre.

—Será—dijo en un soplo el navarro.

—Claro que sí, compadre—siguió, más animado, el lugarteniente —. Fíjate a ver si pescas la comparación, y no le saques el mal lado. Tú querías mucho a Carmen, por buena hacendosa. Yo también quiero mucho a "Colasa". Pues si me matan a "Colasa", necesitaré que tú me demuestres... pues... eso, ¡que eres mi amigo!

Dió el navarro una nueva vuelta para quedarse mirando la faz lunar.

Su diestra lentamente fué a posarse en la cabeza de la perra.

—Tiene el pelo muy lustroso, ¿eh, compadre?—dijo, roncamente, Ambrosio Bustamante.

—La pitanza que le doy es selecta, compadre.

—Tiene ojos de persona.

—Muchas personas quisieran tener sus ojos.

—Seguro... Yo opino que... — interrumpióse el navarro al ver

acercarse dos siluetas corpulentas.

Eran Juanelo y Rucio, que mostraban semblantes compungidos.

—Hola, “Pencas”—saludó Juanelo, agitando, tímidamente los dedos de la mano izquierda.

—Hola, “Pencas”...—dijo poco después Rucio, haciendo el mismo ademán.

Ambrosio Bustamante emitió dos gruñidos, que casi sonaron amables.

—¿Está la casa bien vigilada?..— quiso saber—. Nada debe pasarle a la señora ni a la señorita.

—Veinte soldados del Tercer Tercio dentro. Pero cesará esta vigilancia cuando nuestro jefe haya acabado con el último de los Montañeros.

—¿Sabéis qué os digo yo?—afirmó el navarro—. Pues que porque estoy borracho perdido veo muy claro, y yo opino que la luna es buena consejera. Esas últimas noches no brillaba y así estaba yo... Total, hoy reluce y veo más claro... Carmen me tenía por todo un hombre.

—Porque lo eres., compadre—afirmó “Cien Chirlos”.

—Porque lo soy, y por eso yo opino que los hombres sufren de pie, ¡mal rayo me parta!

Vaciló el navarro, dió un traspiés, y pareció que iba a besar el suelo, pero por fin consiguió restablecer el equilibrio.

Rió con mueca dolorosa.

—¡Aiba! Sopa la galerna, ¿eh, piratas? Pero aquí estoy yo, el “Pencas”, piernas abiertas y pecho fuera...

“Colasa” meneó el rabo, complacida.

“Cien Chirlos” aplicó en el hombro del navarro un sonoro manotazo afectuoso.

A no ser por la cercanía de Juanelo y Rucio, a los cuales se agarró, Ambrosio Bustamante esta vez habría besado indefectiblemente el suelo.

—¡Así me gusta, compadres!—exclamó el lugarteniente—. Siempre unidos, que para eso somos los mejores del “Aquilón”.

—En efecto. Y en vuestra busca vengo.

La intervención del recién llegado hizo erguirse a Ambrosio Bustamante. Cheij Lezama miró a “Cien Chirlos”.

—Necesito tu consejo, padrino.

—Torpe soy, chaval.

—Vales y sabes más que veinte mozos como yo. No, no os vayáis vosotros tres, que os necesito también. Dime, padrino: en ausencia de mi padre, ¿quién manda aquí?

—Mi señora, la esposa de tu padre, chaval.

—Eso suponía yo, y por eso acabo de recoger sus órdenes. Me ha oído atentamente, y como sabéis que tiene mucho talento, ha aprobado lo que le he pedido. Le he dicho que vamos a salir en busca de nuestro jefe, pero sin decirle que está posiblemente en un gran peligro.

—Objeto, lo cual quiere decir que, con respeto, protesto—dijo "Cien Chirlos"

—Después de ella, tú mandas, padrino.

—Tú eres el hijo mayor, y, por lo tanto, libre. Bien quisiera yo ir con mi jefe, pero él ordenó que aquí nos quedáramos, vigilando a las señoras.

—Una de ellas es mi próxima esposa y la otra mi madre, padrino. Yo asumo la responsabilidad, porque sé que esta casa está ahora tan bien vigilada que serían precisos quinientos piratas para asaltarla. Toda la guarnición del Tercer Tercio vigila, hasta el regreso de su coronel, que lo será cuando no quede ya un solo Montañero.

—¿Tú me ordenas que te siga, Cheij Lezama?—peguntó, afanoso, "Cien Chirlos", que estaba deseoso de oír la respuesta afirmativa.

Supo adivinarlo Cheij, que muy seriamente replicó:

—Te lo ordeno, don Marcelo. Con mi hermano Humberto nosotros cinco vamos a formar un grupo que a toda marcha se reúna con los que andan por la tierra peligrosa.

—¿Y cuál es, si puedo preguntarte, Cheij?

—La de los venablos y las flechas. La tierra que empieza donde se yergue el castillo derruido, que ya conocemos.

Media hora después, al galope, abandonaban el hogar del coronel Lezama sus dos hijos y sus cuatro mejores piratas.

CAPÍTULO III

El castillo solitario

A raíz de la muerte de Víctor Montjoy[4], el filósofo francés que llamado por jíbaros y amazonas Tumuc Humac, el Amigo Bienhechor, supo conciliar a las dos razas enemigas, una profunda conmoción tuvo lugar en la tierra sin civilizar.

El estado natural creado por Tumuc Humac en el estado del Río Branco, y que con el nombre de Edén de las Mariposas mantenía en transitoria paz a jíbaros y damas del arco, estaba ahora constantemente en agitación bélica.

Incursiones de los diminutos cortadores de cabezas, arrasando un campamento de amazonas, eran seguidas por rápidas venganzas, en las que las Damas, del Arco mataban con furor a sus enemigos.

De los aventureros seleccionados por Tumuc Humac, y puestos al frente de tribu de jíbaros o de grupo de amazonas, pocos sobrevivían.

Uno de los afortunados era Lazar Revers.

Lazar Revers había él mismo llegado a no saber con certeza su nacionalidad. Nacido en isla griega de padre marino inglés y madre chipriota, fué esbirro en Italia, bandolero en Francia y jugador profesional en Inglaterra.

Tuvo que huir de Europa, y alistóse como mercenario en un grupo que pretendía internarse en la tierra del caudaloso río mayor del mundo, grupo que quedó exterminado.

Tan sólo Lazar Revers, interrogado por Tumuc Humac, quedó con vida. De buen aspecto, fué elegido por la reina de las Urubas, y con el consentimiento de Tumuc Humac pasó a regir el grupo de ciento once amazonas cuyo apelativo significaba “Las Briosas”.

Lazar Revers, era un bandido reclamado por varias naciones

europeas, pero su carácter no era perverso. Era un cabeza caliente, un bala perdida, sin maldad.

Un típico producto de buen fondo, que hubiera podido ser un ejemplar ciudadano si, abandonado de niño, no se hubiera educado en la escuela de la necesidad y del descaro.

Era de varonil prestancia, tenía ribetes de cinismo amable, y desde la muerte de Tumuc Humac decidió en su fuero interno que prolongar su permanencia en aquella salvaje región, donde la muerte acechaba a cada instante, no le convenía.

Pero no era fácil encapar. Tarua Bela, la reina de las Urubas, su esposa, no desmentía su apodo y su reinato. Era briosa de temperamento, y aunque rústicamente, adoraba al aventurero de larga melena rizosa y castaña y ojos pardos risueños.

Imaginó Lazar Revers el acercarse a la tierra civilizada, por un procedimiento que no le atrajera un venablo mortal.

Fué convenciendo a Tarua Bela de la necesidad de buscarse un lugar seguro, donde estar a salvo de las nocturnas acometidas de los jíbaros.

Demostró que el solitario castillo de la colina fronteriza, donde residió Tumuc Humac, podía ser el alojamiento que precisaban.

Emprendieron una larga retirada, dejando por el camino a más de la mitad de las Urubas, pero por fin llegaron al abandonado castillo, donde, tras duro combate, asentaron sus reales.

Para Lazar Revers, cansado ya de la vida natural, donde ni podía tener más idilios que el de Tarua Bela, ni partida de naipes, ni reyerta en duelo, empezaba a ser tantalesco el ver por encima de las almenas del castillo la gran llanura del derruido molino, que conducía a tierras civilizadlas.

Pero Tarua Bela y sus amazonas le necesitaban porque era buen consejero y valiente jefe. No desesperaba Lazar Revers de que se presentara la ocasión…

Fué a media tarde de un día igual a los demás, cuando, hallándose Lazar Revers dormitando, le despertó Tarua Bela con una noticia extraordinaria.

La hizo repetir lo que anunciaba.

Un centenar de Runas se aproximan al castillo. Tienen armas, de fuego, negros caballos y largos venablos sin arco.

Lazar Revers agradeció aquella novedad.

Fué en busca de uno de los larga-vistas dejados por el difunto Tumuc Humac, y entre dos almenas fué observando los cautelosos movimientos de los que, a paso de caballo, iban aproximándose al castillo.

Descendió al primer rellano, donde, en una gran sala desnuda de todo mobiliario, reuníanse cuarenta y tres Damas del Arco, que eran cuantas sobrevivían a la retirada y toma del castillo.

Tarua Bela, al frente de ellas, interrogó:

—¿Cuál es tu decisión, Runa Marjo?

Runa Marjo, el "Blanco Genio", miró a las reunidas con acariciante y risueña ojeada.

—No creo equivocarme al suponer que los Runas que se acercan pretenden explorar la tierra de las perlas y el oro. Quizá pasen de largo, quizá no. Podrán entrar. Prepararéis las trampas, y os esconderéis. El castillo ha de aparecer solitario.

* * *

Olaf Bjordom, el teniente Septentrión de los Montañeros, aguardó a que sus hombres ocuparan las posiciones por él señaladas.

Rodeaban a prudente distancia el castillo. Un castillo solitario, con todas las trazas de estar abandonado... Consultó a Diego Lucientes:

—Este solitario castillo hemos de tomarlo, ¿no te parece, "Saltamontes"?

—Yo, manco—dijo Lucientes, dándose un golpe en el antebrazo de hierro—. Tú eres el amo, Pepe.

—He imaginado el mejor plan. Dividiré en dos grupos a mi gente. Uno de los grupos será el de reserva y de retirada. ¿Para qué internarnos todos a la vez? Enviaré cincuenta hombres en busca del botín, dándoles doble parte. Los otros, conmigo, esperarán en el castillo. Creo que es la mejor solución.

—Te pudrirás esperando en el castillo. Escucha, Pepe: ¿es que tienes la ilusión de que los que allá vayan han de volver? ¡Quiá! De ésta ni tú ni yo ni nadie lo cuenta.

—Tus presagios me causan gracia. Verás como triunfaremos... A lo más, el que no lo contará serás tú.

Y el escandinavo emitió una risotada complacida.

—Veo...—dijo Lucientes—. Si yo te asusto, tú me devuelves la

piedra. Bien; ¿y a qué aguardamos para entrar en el castillo solitario que nos han construido a la medida?

—Espero a cerciorarme que está solitario.

—¿Cómo?

—Treinta de mis Montañeros lo invadirán y cuando se cercioren de que está deshabitado, ocuparán las almenas, haciendo la señal convenida agitando sus lanzas.

—Eres de una prudencia que atufa, Pepe. ¡Repámpanos! ¿No tienes perspicacia?

—Mucha. Más de la que te figuras.

—Entonces, ¿no te das cuenta de que este castillo sólo está habitado por cuervos y alimañas?

—Andamos al paso los Montañeros. Y yo, a cada paso que doy, quiero primero asegurarme de que piso sobre tierra firme.

—Eres un talento, Pepe, lo cual no te impedirá "espichar". Y oye, encanto: ¿me toleras un eructo?

—Eructa.

—Me parece que te has dignado hacerme comprender, en leve insinuación, una amenaza que me da la vaga sospecha de que, resulte lo que resulte el que aquí muere de una vez por todas soy yo. ¿Estoy receloso en vano por aprehensión?

—Fué broma.

—Ah, ya, porque en serio me hubiera enojado.—Y de pronto rió el madrileño, sarcásticamente. —Eres un embustero, Pepe; pero, en fin, ya todo me importa un pitoche.

—¡Las lanzas!—exclamó Olaf Bjordom, señalando las almenas.

Los Montañeros ocupaban ya el que creían solitario castillo. Chirriaban las cadenas que iban descendiendo el puente levadizo que comunicaba la entrada con la tierra, pasando por encima del foso seco.

Olaf Bjordom envió por delante a todos sus hombres, y en retaguardia siguió acompañado por Diego Lucientes.

Este tuvo por un instante la tentación de matar a Olaf Bjordom y escapar. Pero se contuvo...

Deseaba ver la muerte hasta el último de todos aquellos seres infrahumanos.

En el gran patio empedrado del interior ya no aparecían flores ni estanque.

El estanque donde nadaban majestuosamente los cisnes y las flores cuidadas habían sido suprimidos por Lazar Revers.

Deseaba que aquel castillo apareciera deshabitado, y lo había logrado.

Olaf Bjordom descabalgó. Creyóse tan sólo oído por todos los Montañeros cuando con voz potente explicó:

—Treinta de vosotros aquí mismo acampando. Otros veinte por las almenas sin ser vistos. Los otros ya señalados, saldrán en busca del botín. Las corazas de oro y las perlas. Los siete que he indicado formarán mi escolta. Cumplid.

Bajóse el puente levadizo para dejar de nuevo paso a la comitiva que iba en busca del botín…

Volvió a cerrarse la entrada.

Siete Montañeros permanecieron escoltando a Olaf Bjordom. El escandinavo ascendió al primer rellano.



...por un instante la tentación de matar...

Pese a que sus hombres habían ya recorrido de arriba abajo el castillo, fué empujando con mucha precaución varias puertas.

Por fin penetró en una sala, donde, polvorienta, veíase una larga mesa, bajo cuyo alrededor había varios divanes de madera, de cortas patas, y de forma muy semejante a los triclinios romanos.

—Dos linternas—ordenó el noruego.

Iluminada ya la sala, sentóse el noruego, y frente a él lo hizo Diego Lucientes.

Los siete Montañeros dividiéronse en dos grupos. Cuatro de ellos permanecieron en el pasillo.

Los otros tres sentáronse al otro lado de la única puerta, junto al umbral.

—Bien. Ya estamos en casa—comentó Lucientes—. ¿Echamos una partida de naipes? ¿O hacemos calceta?

—Comer y beber—dijo sombríamente el escandinavo.

—Estás tristón, Pepe.

—Ya hemos llegado a la tierra embrujada y maldita. Nos has conducido hasta aquí, y ahora puedo decirte lo que pienso de ti.

Diego Lucientes insertó su pulgar derecho en el cinto. Estaba desarmado, pero el gesto fué en él una costumbre.

La costumbre adquirida siempre que veía cercana la lucha...

—Tú dirás, Pepe.

—Cesa ya de tomarte libertades.

—¿Libertades, yo? Me tenéis prisionero.

—Tengo la impresión de que, por un motivo que ignoro, nos trajiste a esta tierra con la vana esperanza de que muriéramos todos. Dijiste ser un bandido perseguido, pero yo sé reconocer a una persona honesta, y tú lo eres.

Rió el madrileño a garganta llena, aunque algo pálido...

—Con que yo soy honesto, ¿eh?.. Mira, Pepe, estás, muy...

—¡Cesa ya!—Y pegó el escandinavo un recio puñetazo en la mesa. Levantóse una nube de polvo.

Tosió Lucientes, lagrimeando...

—No seas tan brusco, encanto. Tengo los pulmones muy delicados.

—Cuando regresen los que han salido en busca del botín, sabrás que nadie puede reírse de los Montañeros. Tenías razón en un punto, “Saltamontes”. Vas a morir. Estás sentenciado.

—No me asustes, Pepito.

El escandinavo levantóse. Su estatura resaltó más en la sala de baja bóveda.

—Mordaza y cuerda te voy a dar.

—Vaya... Empieza el jaleo antes de tiempo—gruñó Lucientes, enrojecida su cicatriz frontal y poniéndose en pie—. ¿Qué quieres,

Pepito? ¿Que andemos a la greña?

Los tres Montañeros sentados junto al umbral pusiéronse en pie. El escandinavo escupió.

—Me basto solo para destrozarte, “Saltamontes”.

—Anda... Pues ven para acá, majo.

—Me sobran los puños.

—Me sobran a mí reaños, para darte nalgadas antes de retorcerte el gaznate.

Oyóse un silbido, seguido por otros tres. Los Montañeros que estaban junto al umbral corrieron al pasillo...

Otros tres silbidos precedieron a los venablos que, vibrando, atravesaron a los recién salidos...

Olaf Bjordom dejó de mirar por un instante a Diego Lucientes, para contemplar el rápido ataque de las Damas del Arco aun invisibles.

—¡Toma candela, Pepe! ¡Ya empezó la fiesta brava!—gritó Lucientes, a la vez que su puño de hierro aplastábase contra la nuca del escandinavo—. ¡Aquí pringamos todos, pero quiero buena compañía!

Tambaleóse el noruego... Repitió Lucientes el golpe, y a la vez con la diestra arrancaba del cinto del Montañero la pistola y un puñal.

Le sostuvo por las axilas, mostrando puñal y pistola. Como parapeto humano, la figura corpulenta del escandinavo cubrió a Lucientes cuando por la puerta abierta asomaron dos arcos...

Tensos y con el venablo dirigido hacia el grupo formado por el inconsciente Olaf Bjordom, y el que disponíase a vender cara su vida, los dos arcos estaban esperando una orden.

Oyóse una voz hablar rápidamente.

Entre los dos arcos avanzó un hombre, pistola en mano, pero con el cañón hacia abajo.

—Ríndete—exigió Lazar Revers.

—Rendido estoy de aguantar a esta mole...—replicó Lucientes, cuyas dos manos mostraban las armas por bajo los sobacos del que le servía de parapeto—. Pesa mucho el tío ese.

Lazar Revers avanzó un paso más.

—Muerte segura si pretendes resistir. No queda uno solo de los que en el castillo estaban. Sólo tú estás vivo,

—Por poco tiempo, aunque ahora quisiera morir de vejez matusalénica.
—Buen humor, “Saltamontes”.
—¿Quién te dijo el nombre del bicho?..
—Os oí hablar. Ríndete “Saltamontes", y quizá puedas así vivir. No entenderás lo que está pasando. Yo soy Runa Marjo, y mando en Damas del Arco...
—Consiento en hablar... si puedo conservar la pistola y el acero, y retirarme al fondo de esta... ¡Quieto, tunante!—Y bruscamente asestó Lucientes un culatazo en la nuca del noruego, que se removía, y de nuevo quedóse desmadejado—. ¡Qué tío más pesado!
Lazar Revers era un aventurero de buena índole. Cerró tras sí la puerta. No viéronse ya los arcos...
Enfundó su pistola. Soltó Lucientes al escandinavo, que se desplomó inerte con sordo ruido.
El madrileño, retrocediendo sin perder de vista a Lazar Revers, enfundó también su pistola, y clavó el puñal en la mesa, sentándose.
—Bien, Runa Marjo. Hablemos.
Lazar Revers cruzóse de brazos.
—Este hombre iba a matarte—y señaló al yacente.
—¿Y tú vienes a regalarme confites?
—A charlar contigo... No eres de ellos. Casi eras prisionero. ¿Por qué los condujiste aquí?
—Para eso... Para que no quedara ni rastro de ellos. Son cerdos sin jamón. Estaban sentenciados. Los atraje contándoles historias del Edén de las Mariposas, de las perlas, de Tumuc Humac, de Runa Cupay...
—¿Eh?—Y Lazar Revers, dilatados los ojos, miró con fijeza al madrileño. —¿Quién eres tú, que sabes tanto de lo que es un secreto para todo blanco?
—Yo fui Runa Cupay...
—El Diablo Blanco...
—Por mis cabellos rojos. Conocí a Víctor Montjoy. Fui reyezuelo de Zocta y Huaranco. Conocí a Quisma Pichi, y muchas otras reinas. ¿Cuál es la tuya?
—Tarua Bela.—Y Lazar Revers parecía un hombre bajo la influencia de un sueño.
—Oye, compinche... Tengo sed. ¿Por qué no charlamos y

bebemos antes de que nos enojemos?

—¿Quién eres tú?

—Diego Lucientes. Vine, vi y me las piré...

—¿Cómo lo lograste?—inquirió ansiosamente Lazar Revers

—Vaya...—Y sonrió por vez primera el madrileño. —¿A que está resultando que tienes hartura de las amazonas?

Dos golpes espaciados sonaron en la puerta... Lazar Revers acudió a abrir.

Tarua Bela, veinticinco años lozanos, rostro, duro y miembros recios, destelló reflejos de oro al avanzar y chocar contra su coraza las luces de las dos linternas.

Señaló con su arco a Diego Lucientes.

—Queda este hombre, Runa Marjo.

—Morirá si no es elegido, Tarua Bela—replicó Lazar Revers—. Mientras, cenará y beberá conmigo. Vino y viandas, Tarua Bela. Puedes tú comer con nosotros dos.

—Este hombre que sea visto por mis Urubas—exigió ella, abandonando la sala.

Lazar Revers miró por unos instantes a Diego Lucientes. Ambos miráronse un instante en silencio, empezaron a sonreír, y por fin, contagiados de un repentino alivio, rieron.

—Está claro, Runa Marjo. ¿Sin rencor?

—Sin rencor. Me llamo Lazar Revers.

—Yo, no. Yo me llamo Diego Lucientes.

—Ya sabes. Si no te elige una Uruba, difícil me será salvarte el pellejo.

—No tendrás tú la culpa si he perdido yo guapura y atractivos, Pero a lo que importa... ¿Hay algo bebestible?

—Vino de la reserva de Tumuc Humac.

—¡Guay!... —Y chasqueó la lengua, complacido, Lucientes. —Morir anegado en buen mosto es lo que me pertenece...

—Puede una Uruba elegirte.

De pronto Lazar Revers asestó un puntapié a ras del suelo contra la mandíbula de Olaf Bjordom, que intentaba levantarse.

—En el patio esperan las Urubas, Lucientes.

—¿No se matarán para disputarse mi palmito?—sonrió el madrileño—. Vamos allá..., pero antes, ¿no sobra alguien?

Fríamente, Lazar Revers aplicó la boca de su pistola contra el

entrecejo del noruego. Disparó...

En el patio, cuarenta y tres amazonas, aun sudorosas, por haber despeñado desde lo alto de las almenas a los Montañeros, formaban un cuadro en cuyo centro Lazar Revers alzó los dos brazos.

Diego Lucientes, sonriendo, guiñó picarescamente hacia una esbelta amazona de largos cabellos negros y redondos ojos azules...

—¡Qué bocadito tiene la indina!— rió Lucientes—. Oye, Revers: me gusta un rato largo aquella morena...

Lazar Revers habló:

—Tarua Bela manda en vosotras, Urubas, y yo mando en ella. Este hombre morirá al amanecer si no es elegido. Esperamos.

Hubo largos conciliábulos... Por fin, destacóse Tarua Bela.

—¿Qué habéis decidido?..—inquirió Lazar Revers.

—Este hombre morirá al amanecer —dijo ella, secamente.

—¡Repámpanos!... ¿Tan feo me he vuelto? —gruñó Lucientes.

—Dicen las Urubas que vieron a este hombre... Mandaba en pueblo jíbaro... Despreciaba a las Damas del Arco... Se burlaba de ellas..., Una lo eligió y él la desdeñó. Morirá al amanecer, porque tú, Runa Marjo, quieres hablar, cenar y beber con él. Hemos decidido así.

—Amén —sonrió amargamente Lucientes—. ¿Vamos a libar, Marjo?.. Tengo una sed espantosa.

Minutos después, instalado Lucientes ante la mesa de una sala también de baja bóveda, mesa que habían traído dos amazonas, alargó la diestra para asir un ventrudo frasco.

—Lo que son las mujeres. Las desdeñas, y te odian. Las adoras, y te fastidian.

—Lo siento, Lucientes. Nada podré hacer. Ellas vigilan fuera. Te reconocieron...

—Si lo sé, me tiño de azul la pelambrera. Buen vino, a fe mía... Me temo que el amanecer me pillará borracho hasta los fondillos de mis calzas. Es lástima...

—¿El qué?.. Viniste a buscar la muerte.

—Me refería a la morena que llera un brazalete de perlas en el tobillo.

—Es Lorna Chari

—No se lo merece la pobrecita el llevar esos motes.

—Significa Luz Azul, por el color de sus ojos.

—La hubiese yo llamado Charito. En fin, esta sentencia no me parece muy cruel... Morir empapado en vino, por un amanecer sonrosado, es más de lo que podía esperar.

—Al rayar el alba entrarán, y sus venablos...

—Hablemos de otra cosa, ¿quieres? ¡Vaya vino!...

—Si lo bebes así, dentro de poco estarás privado de sentido, y el amanecer podría pillarte despierto...

—Ahogo mi humillación... ¡Córcholis!—Y sonrió el madrileño—. ¡Yo que me creía tan buen mozo!

—No te perdonan el haber acaudillado a jíbaros.

Animóse la conversación cuando Lazar Revers explicaba antiguas correrías. El madrileño, a su vez, contaba nuevas anécdotas...

Seguía bebiendo copiosamente... De pronto, cayó de bruces sobre la mesa.

Inconsciente debido al fuertísimo vino, percibió Lucientes los pasos de Lazar Revers al levantarse...

Removióse, abriendo dificultosamente los párpados. Vióse solo en la pequeña estancia...

Quiso levantarse; pero no pudo. Y súbitamente sintió en su nuca la humedad de un trapo empapado...

Le refrescó, y, ladeando la cabeza, iba a agradecer a Lazar Revers su atención, cuando susurró, sorprendido: —¡Córcholis! ¿Qué haces tú aquí, Charito?

CAPÍTULO IV

La romántica muerte de Diego Lucientes

La Dama del Arco, de espléndidos ojos azules, miró suavemente al pelirrojo.

—Soy Lorna Chari...—anunció, con voz encantadora.

—Y yo, Diego... Sigue acariciando con tu mano mi cogote, Charito.

—Me llamo Lorna Chari.

—Para mí eres Charito, un bombón de guinda. Tus negros cabellos huelen a flor del prado. Tu tez es blanca y hay luz de cielo en tus ojazos, linda nena.

—Tú eres malo.

—¡Repámpanos! Ya no sé ni quién soy ni lo que fui. Ya la otra vez, cuando a esta tierra llegué, todo me parecía un sueño. Ahora, es bello el sueño, Charito. ¿Cuántos años tienes, preciosidad?

—Me dices palabras que no conozco, pero que me agradan, porque al decirlas, tus ojos son buenos, aunque brillan...

—No hagas caso, Charito. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¡Sopla! Por suerte no ronca tu papá... Y dime, ricura, ¿a qué has venido?

—Mañana has de morir... y yo no lo quiero.

Levantóse Lucientes, posando sus manos en los hombros de la amazona.

—Gracias, niña. Anda, vete, y déjame con el vino.

—No me voy.

—Pareces una niña revoltosa. No seas tontuela, y vete. Te podrían sorprender conmigo y las pasarías mal. Basta conmigo. Hay luz de cielo en tus ojos, y yo no..., yo no soy un hombre que puede

acarrearte ningún bien.

—Dicen que eres malo, porque mandabas los hombrecillos. Pero yo sentí algo extraño cuando hiciste eso mirándome.

Y Lorna Chari reprodujo candorosamente el guiño picaresco, con el cual en el patio la había ojeado prolongadamente el madrileño.

—Vete, nena. La reina no parece tener buen genio…

—Duermen. Y Runa Marjo sabe que estoy contigo.

—Pero, ¡maldita tea, el queso de bola!, ¿qué te propones?

—Propongo irme contigo. Huir.

—Locuela. No daríamos muchos pasos… De todas formas, te bendigo paternalmente, y soy un héroe…

—¿Qué es un héroe?

—El que como yo, con mi temperamento, te mira… sin más. Escucha, nena: yo ya estaba sentenciado hace tiempo. No quiero que mi último acto en este mundo sea una cosa canallesca.

—¿Qué es canallesca?

—¡Niña! ¿A ver si al final has venido para que dé clases de lengua a la española? ¿No ves que estoy embriagado? ¿No te das cuenta que eres muy bonita? ¿No te das cuenta que soy de carne y hueso? En fin…, hay ingenuas que resultan más peligrosas que las más Cleopatra de las Mesalinas. Anda, media vuelta y a dormir, criatura.

—No.

—Bien, si insistes…—y guiñando alegremente, Diego Lucientes sentóse de nuevo—. Ya mi conciencia está tranquila. He sido un héroe. Ahora, si en mi destino eso estaba escrito, avante, pues… Siempre pensé que un hogar con una mujercita hacendosa y buena, era lo que convenía. Juguemos a marido y mujer de mentirijillas… Estoy sentenciado, y quiero despedirme bien de la vida… Siéntate allí delante… Sí, ahí frente a mí. Tan cerca…, me mareas.

Dócilmente fué ella a sentarse frente al madrileño.

—Tiéndeme aquella porción de carne. Tengo hambre…—y mordió Lucientes la sabrosa carne de gacela.

Ella le miraba fijamente.

—Puedes soplar las linternas, Charito, que basta con la luz de tus ojos para ver… No, quédate sentada, era broma y piropo.

—¿Qué es broma y qué es piropo?

—Broma es reír siempre tontamente, aun en les momentos más

serios, y así me ha lucido. ¿Piropo?.. ¡Ah, chiquilla!... Eso merece todo un parrafazo...—y Lucientes, entre bocado y bocado, fué añadiendo—: Madrigal lo llaman en poesía y corte. Pero por sevillana tierra es piropo ese suspiro que brota de labios de un hombre cuando por su lado pasa la más bonita creación. Por ejemplo, cierra los ojos y figúrate que vistes larga falda de negro color y corpiño rojo... Soy algo chabacano en mis gustos... Y vas por la calle Sierpes cimbreando el talle y taconeando con alegre repique. Méceme en tus hombros esos bellos bucles y hay chispas de alegría en tus ojazos, porque huele a nardos y el sol te acaricia... Vas sembrando belleza, y yo te veo, y me acerco... Te miro despaciosamente, y cuando vas a cruzar por mi lado, tiendo ante tus pies mi capa y suspiro: "¡Quién fuera capa y arroparte pudiera!". Tú sigues andando... y yo me quedo suspirando. ¿Te vuelves? Te sigo. Y nació el piropo... Después, viene el cura, y nacen chiquillos de ojos azules y pelo rojo.

—Me gusta—dijo ella—. Llévame a esa tierra de luz y flores, y tengamos chiquillos con pelo rojo.

—¡Repámpanos!... Bien lo quisiera yo, pero estamos en un castillo perdido en la selva, y al amanecer... Bueno, al amanecer hará frío.

—¿No eres valiente?

—A ratos.

—Huyamos.

—No lo quiero.

—Entonces... ¡eres cobarde!

—Discrepo, ricura... ¿Sería de valiente el llevarte conmigo y que nos atravesaran a venablo limpio? Al menos déjame morir solo y no con la pena de llevarte conmigo a fríos parajes... Eres una niña y has de vivir...

—No lo quiero.

—¿Por qué?

—Aquí moriré, porque los enanos van ganando fuerzas, y pronto asediarán el castillo y moriré... Llévame contigo. Intentemos huir... Si hemos de morir, al menos estaré junto a ti... y ningún enano me cortará la cabeza.

Vióse, sin saber cómo, en pie Lucientes, y ella también. Acercáronse ambos y alzó el madrileño el rostro, cuando contra su

pecho estrechóse la amazona.

—Manolo, perdóname — invocó Lucientes—. Es cuanto puede resistir un sentenciado...

—¿Con quién hablas, Runa Cupay?

—No hagas caso. Bien, has ganado, Charito. Huyamos..., y que sea lo que haya de ser. ¿Por dónde empezamos?

—Si nadie nos sale al paso por el camino hasta la almena que tengo que estar vigilando, hay liana que nos dejará en el foso. No hay luna. No seremos vistos...

Fué un deslizar tembloroso. La noche era negrísima... Respiró a fondo Diego Lucientes cuando se halló en el foso...

Abrazaba estrechamente con su brazo diestro a la muchacha. Y de pronto sonrió amargamente.

Varias siluetas eran visibles por el destello de oro de sus corazas. La voz bronca de Tarua Bela, reina de las Urubas, gritó una sola vez.

Tres venablos silbaron, y el abrazo de los dos que pretendían huir fué eterno.

Ambos cayeron atravesados... Los labios de Lucientes posáronse por primera vez en los fríos de Lorna Chari.

—Perdona..., mi bello ensueño de una hora...

Fueron sus últimas palabras... Su rojo cabello fué otra mancha roja mientras la sangre extendíase por los dos bustos atravesados.

Y el último pensamiento de Diego Lucientes fué melancólico: había muerto románticamente, sin embriaguez ni reyerta.

Abrazado a una bonita mujer, a la cual quería llevar hacia la tierra del sol y las flores...

CAPÍTULO V

Los rastreadores y la huida

—Tengo la impresión de que ésta será mi última aventura.

—¡Tripas y pezuñas! Es fúnebre idea, mi coronel. Vos estáis en la flor de la edad, y se os necesita siempre donde haya algo que resolver. ¡Tripas y pezuñas!

—No aludí a que iba yo a morir, Melchor. Me refería a que me revienta ya el ir de la ceca a la meca, deshaciendo y construyendo, y quiero descansar. Además, no quiero tampoco cansar a los que amablemente siguen de cerca o de lejos mis andanzas por estos mundos.

Melchor Santana, teniente de desbravadores, denegó violentamente con la cabeza.

—Muchos esperan de vos nuevas y mayores hazañas, mi coronel. Vos no podéis vivir mansamente en el hogar... Aunque lo quisierais, el destino os exigiría nuevas luchas... Atrás quedan las cenizas, en que se convirtieron Marcos Cortezo y sus montañeros... Y los que seguimos el rastro, por poco tiempo vivirán...

Lorenzo Olivares, jefe de policía, estaba admirado de la habilidad con que los desbravadores de Melchor Santana, acostumbrados a seguir rastros de piezas de caza mayor, sacaban indicios de lo que para otros no hubiera sido siquiera visible.

Unas hierbas tronchadas, un montón de tierra, una rama rozada, un rescoldo de fuego...

El Pirata Negro aprobó cuando el teniente Santana manifestó que lo más probable era que, debido a andar al paso, poco fuera la ventaja conseguida por los montañeros de Olaf Bjordom, guiados por Diego Lucientes.

—Reciente está la última huella de acampamiento, mi coronel.

—Y cercano un castillo donde me ocurrió extraña aventura, bellísima, porque gracias a ella, mi hijo Cheij supo quién era yo, después de cierto tiempo de rivalidad.

—¿Castillo decís, mi coronel?

—Sí. Y al cual debemos rondar de noche, y aproximarnos sin luz de día, porque pareciendo deshabitado, podría no estarlo. Es muy posible que Lucientes allá lleve a los montañeros, como primer jalón de su viaje suicida porque le servirá de orientación y, en efecto, ese sendero, por su rumbo, hacia allá nos lleva.

Al atardecer del día siguiente, uno de los desbravadores que caminaba a retaguardia, se acercó a todo galope.

Anunció que seis jinetes divisábanse hacia el sur, espoleando con vigor sus caballos como si fueran perseguidos o persiguieran.

Tendió Melchor Santana un anteojo al Pirata Negro.

Este fué observando largamente al pequeño grupo que se acercaba. Al frente iba "Cien Chirlos", inclinado sobre el cuello del caballo, rastreando, al igual que Ambrosio Bustamante, Juan Pérez y Lucio Agudo, las mulas de los que les precedían.

Atrás, codo a codo, galopaban Humberto de Ferjus y Cheij Lezama...

—Tate...—murmuró Lezama, devolviendo el anteojo al teniente —. Huelo tormenta... Bien que ordené que en casa se quedaran... ¿Motín en mi hogar? ¡Faltaría más! Van a oírme esos rebeldes... Por de pronto, les voy a dar una lección... Amigo Melchor, necesito que vuestros hombres demuestren que, encaramados en árboles y lazos prestos, pueden cazarme a seis borricos silvestres que por allá vienen... Que me los amarren bien, como primera medida... ¡Van a saber quién diablos manda en mi casa, en la selva y donde se me antoja!

* * *

—Bien, don, Marcelo, muy bien... Te sentiste nodrizón, ¿no? ¡Lenguas quietas todos, que aquí sólo hablará quien yo pregunte! Tú eres el primero en oírme, don Marcelo, porque para eso te creía yo mi segundo de toda confianza, vigilando a mi tesoro, que es mi esposa, tu señora. Está ella a muchas leguas de aquí. ¿La vigilo yo? No. ¿La vigilas tú? Y sin embargo, tanto yo como tú sabemos que corre peligro. ¿Tienes la bondad extrema de querer manifestarme por qué estás aquí?

Los desbravadores estaban ya de nuevo alejados del lugar donde, con gran maestría, no sólo habían laceado al grupo, sino también inmovilizado contra sendos árboles a Humberto, Cheij, "Cien Chirlos" y los otros tres piratas.

"Cien Chirlos", ante la colérica mirada de su ídolo, sentíase muy próximo a ser "chivato", acusando legítimamente a Cheij Lezama como autor y jefe de la expedición.

Limitóse a replicar:

—En tu ausencia, señor, obedecí órdenes de quien podía dármelas.

—Quien sirve a dos capitanes, a ninguno sirve bien. ¿Y quién es el otro capitán de mi casa, don Marcelo?

—Estando tú ausente, señor, tu hijo mayor Cheij.

Cheij Lezama sabía que podía romper las cuerdas que le mantenían atado al árbol, pero viendo que era el Pirata Negro quien había ordenado fueran hechos prisioneros, permaneció quieto.

Carlos Lezama cortó con su puñal las cuerdas, que rodeaban el corpachón de su lugarteniente.

—Ven conmigo, viejo. Libre quedas por exención de responsabilidad. Desamarra a tus tres compinches, ya que ellos a ti te siguieron.

Esperó Lezama a que sólo quedaran sus dos hijos atados. Y entonces acercóse, con serio semblante, a Cheij Lezama:

—Hola, mi capitán. ¿De cuándo acá vos mandáis en mi casa? Lo haréis, cuando yo muera, Pero mientras vivo y coleo, lo que yo ordeno, ordenado queda.



...sabía que podía romper las cuerdas...

Asintió Cheij con la cabeza. En sus labios había la crispación del que pretende evitar la sonrisa...

—En cuanto a vos, señor marqués— sonrió Lezama, mirando a su hijo menor mientras lo desataba—, libre quedáis de castigo, ya que por obediencia a vuestro hermano, cumplisteis. Pero bueno era que supierais, que quien persigue, debe andar con más tiento.

Humberto de Ferjus y los otros tres piratas separáronse para ir a recoger las riendas de sus caballos que varios desbravadores mantenían separadamente.

Frente a Cheij, rió Lezama.

—Bien, chacal. ¿Para distraer el ánimo de Humberto?

—En parte, sí, padre. Pero también porque supimos que los montañeros eran los que motivaban tu excursión.

—Ya... Y porque peino camas, me creíste en peligro, ¿no?

—Pensé también en que don Diego no puede faltar a mi boda, y como es muy imprudente...

—Total... Que todos tenemos razón. ¿De qué ríes, bocazas?— fingió irritarse Lezama, ojeando a su lugarteniente.

—De nada, señor.

—El que de nada ríe, cerca está de que lo amarren.

Cheij explicó las extrañas frases de Humberto referente a su mágica pistola, añadiendo que hasta entonces, por toda arma, aparte la espada, sólo dos estuches de violín había en el arzón del caballo montado por su hermano.

—Tengo curiosidad por ver este portento—ironizó el Pirata Negro—. Pero por el instante, lo que urge es reunimos con los montañeros, y rescatar a don Diego, el eterno estudiante,

CAPÍTULO VI

El eterno estudiante

Lazar Revers intentó por todos los medios convencer a Tarua Bela, reina de las Urubas.

Instintivamente, el aventurero nacido en el mar Egeo, sentíase inclinado a simpatizar con Diego Lucientes. Y, además, si lograba conseguir que sobreviviera el madrileño, sentiríase más apoyado en sus proyectos de evasión del castillo.

Pero Tarua Bela manteníase inconmovible.

—Este Runa fué jefe de los enanos, Runa Marjo.

—A la fuerza. Porque Tumuc Humac se lo ordenó.

—Desdeñaba a las Damas del Arco.

—Porque tenía herida de amores, y estaba resentido.

—¿Qué empeño tienes en que permanezca aquí?

—Es un soldado, y podría para mí ser una buena compañía.

—No, Runa Marjo. Ya todas, hemos decidido que al amanecer morirá este runa.

Conocía ya Lazar Revers lo suficiente a Tarua Bela, para guardarse de insistir. Ya lo había intentado todo: caricias, súplicas, amenazas... y lo más que había logrado era oírse decir por la orgullosa reina de las Urubas:

—No olvides que si eres mi esposo, yo soy la reina, y soy quien manda en todo cuanto me rodea en el castillo.

Lazar Revers, encogiéndose de hombros, dirigióse a la sala, donde había dejado a Diego Lucientes, ebrio, y contra cuya nuca en vano había arrojado un jarro de agua.

Halló al pelirrojo de bruces sobre la mesa, sólo que tenía la cabeza ladeada, y sus miembros agitábanse espasmódicamente.

Comprendió Lazar Revers que su reciente amigo se hallaba bajo

los efectos de una pesadilla, que a juzgar por los visajes y muecas que hacía, debía ser poco tranquilizadora.

Asió el odre conteniendo agua, y dirigió el chorro contra la coronilla del madrileño, mientras con la otra mano le prodigaba enérgicos masajes en el cogote.

Dejó el odre vacío, y volvió a sentarse frente al que ahora, siempre de bruces sobre la mesa chorreante, entreabrió lentamente el párpado izquierdo.

La llama de la antorcha empotrada en la pared, tras las espaldas de Lazar Revers, aureolaba a éste con rojizos reflejos, acentuando la seriedad de su rostro, entristecido por la certeza de que al amanecer moriría el hombre que no merecía tal suerte.

—¡Repámpanos!...—musitó Lucientes—. ¡Ya estamos! No me mires así, Lucifer... Parece como si me reprochases el no haber cometido bastantes perrerías en mi vida atolondrada... Lo siento, Lucifer, pero si me he muerto arrepintiéndome de arrastrar conmigo a la romántica amazona, no te lo voy a negar...

Lazar Revers atribuyó a restos de embriaguez las incoherencias de su interlocutor. Esbozó una sonrisa.

—Vaya... Lucifer sonríe... Soy, pues, un buen diablo... ¿o es que eso es el Purgatorio?.. Estoy calado hasta los huesos... ¿Dónde está Charito?..

—Despierta ya, Lucientes—dijo Lazar Reves—. Ni purgatorios ni Charitos... Estás beodo perdido, y te he rociado con agua, para que tus últimas horas las pases, no en un sueño, sino en nuevas libaciones, ya que no quiero que el amanecer te coja con sentido. Lamento decirte que, pese a mis ruegos, Tarua Bela no cede..., y sus amazonas te atravesarán con sus venablos.

—¿Otra vez?—y sacudiendo la cabeza Diego Lucientes, se incorporó pesadamente, levantando el busto con esfuerzo—. Me basta con una... ¡Córcholis!... Que ya estoy muerto, Lucifer...

—Estás aún borracho, Lucientes. Te lo advertí. Este vino es muy poderoso. He visto yo a jíbaros bebedores de aguardiente de caña, caer redondos con sólo beberse el valor de dos vasos, y tú has bebido dos litros cuando menos.

Dedicóse Lucientes a una extraña operación. Se pellizcó primero la nariz, golpeóse después la frente y, por último, miró en derredor, mientras su diestra acariciaba el gollete de un frasco vacío.

—No vale—protestó—. Por una vez que moría yo románticamente, es una estafa, despertar y comprobar que todo ha sido un sueño... Entonces, ¿no fuiste tú quién permitió a Lorna Chari que viniera acá a darme dulce compañía y a proponerme descabellada fuga?

—Lorna Chari duerme y no se ha movido de donde está. En mi corta ausencia, tu puerta ha sido vigilada. Sólo yo puedo entrar aquí sin recibir muerte en el acto.

—Mejor para la pequeña...—y suavemente, empezó a reír Lucientes hasta terminar en brusca risotada—. La vida es sueño, dijo el de la Barca. Y mecerse en románticas aventuras de muerte con resucitar, resulta entretenido.

—Escucha, amigo. Yo no quiero ensombrecer tu buen humor, pero lamento decirte que me ha sido imposible obtener tu perdón. Estás condenado a morir al amanecer.

—¿Cuánto tiempo queda?

—Unas siete horas.

—Todo condenado puede emitir su último deseo, y descartando el de que solicito morir de pura chochez y rodeado de mis nietos, pido que el amanecer me pille empapado en rico jugo de vino en vez de chorrear sangraza.

—Quedan aún siete horas. Bebe, pues, con moderación, y te aconsejo de mosto, y así los venablos entrarán deslizándose, y formaré charquitos de que estés beodo cuando ronde la última hora.

—Hombre, los héroes miran a la muerte cara a cara, y así debería yo morir. Pero entre nosotros te diré un secreto. Soy un cobarde.

—No lo eres. Atrajiste hacia acá a los montañeros, sabedor de que morirías.

—Porque soy un atolondrado, y por más que pasen los años, he sido siempre un estudiante sin seriedad, inconsciente, bullidor y de poco meollo. Bien, bien... Te agradezco tus esfuerzos para salvarme la pelleja... Oye, ¿y no habría forma de que Lorna Chari..., pues, viniera a bailar y cantar para nosotros?

Al igual que Lucientes, rió Lazar Revers.

—Loma Chari no sabe bailar ni cantar. Además..., es una de las tres que voluntariamente ha pedido ser tu ejecutora.

—¡Córcholis con la niña!

—Odia a los jíbaros, y te odia porque los acaudillaste.

—Vaya, hombre... Me ponga como me ponga, me ha de pillar el venablo. Se presta la cosa a filosofar... Yo que siempre adoré a la mujer en sentido abstracto, he de morir a manos de...

Todo el recinto del castillo estaba silencioso. Y de pronto, un repentino griterío, con escalofriantes aullidos, pobló el silencio, complementado con silbidos agudos, que el experto oído de Lucientes interpretó como venablos surcando el espacio y flechas rasgando la noche...

Lazar Revers púsose en pie de un salto.

—¡No te muevas!—exigió.

Salió corriendo y, tras sus espaldas, cerró la puerta, dejando prisionero a Diego Lucientes, cuyos esfuerzos fueron vanos para intentar derrumbar la recia madera que daba acceso al exterior.

Encogióse de hombros el pelirrojo.

—“Consumatum est”—dijo, aludiendo a su situación, y a la vez derribando un frasco vacío—. Soy un títere, y si me salvan de los venablos, será para cortarme la cabeza, como regalo a una churretosa jíbara deforme. Gane quien gane en este asalto, a mí me toca las de perder.

Inclinóse para recoger amorosamente uno de los varios frascos que había traído Lazar Revers.

—Vuelvo a ti, Baco, que eres mi dador de olvido. Pero... por favor, amigo, esta vez no me largues una pesadilla, sino un bello sueño con epílogo feliz.

CAPITULO VII

Los fosos macabros

Mientras en el castillo desarrollábanse los acontecimientos relatados, a favor de la noche unos seres diminutos iban pululando por la selva circundante, arrastrándose por el suelo.

Iban semidesnudos, y sus aceitosos cuerpos ostentaban al hombro el pequeño arco y al cinto del taparrabos el ancho cuchillo corto con el cual además de desbrozar los pasos difíciles por la enmarañada vegetación, cortaban las cabezas enemigas para reducirlas al mínimo y conservarlas como trofeos.

En el cinto, junto al machete, bailoteaban pequeños cráneos...

A una distancia de un centenar de metros detuviéronse todos. Preparábanse al asalto, refocilándose de antemano, porque desde lejos habían visto despeñarse por los muros a innumerables blancos, que eran arrojados a los fosos.

Blancos cadáveres que ahora poblaban el foso que circundaba el castillo; los de los Montañeros del último grupo, de Septentrión.

Huaranca el caudillo de los mil, y Zocta, el caudillo de los cien, reuniéronse para entablar los últimos preparativos de asalto.

Tenían el mismo apelativo que los otros jefes de las tribus jíbaras que sólo Tumuc Humac había logrado mantener apaciguadas.

Huaranca, de resultas de varios combates con otras tribus de Damas del Arco sólo mandaba ahora en un centenar de hombres, y Zocta en otros tantos.

—No suman medio ciento ellas, Zocta.

—Pero disponen de los muros y sus largos venablos que alcanzan más lejos que nuestras flechas, Huaranca.

Huaranca y Zocta se observaban con mutuo recelo. Huaranca

porque adivinaba en el que hasta entonces había sido su aliado y segundo jefe por inferioridad numérica, un cierto engallamiento amenazador.

Y Zocta porque creía que el otro jefe hasta entonces su superior, había penetrado sus designios. Zocta al proponer a Huaranca el asalto del castillo para apoderarse de él, había hecho hincapié en dos razones de mucho peso.

La primera, que quien estuviera en el castillo gozaría para los demás jíbaros del favor del espíritu de Tumuc Humac.

Y la segunda razón que estando protegidos además por muros, podrían sobrevivir a la cruenta lucha que ensangrentaba la selva del Estado natural del Río Branco, donde ya no solo luchaban los enemigos irreconciliables, amazonas y jíbaros, sino algunas tribus de cortadores de cabezas.

Pero el secreto designio de Zocta era ser dueño y señor del castillo.

—Hay un medio de subir los muros sin perder muchos, Zocta— dijo sentenciosamente Huaranca.

—Nuestras lianas trenzadas, Huaranca.

—Los venablos desde lo alto sembrarían muerte continua, Zocta.

Huaranca era cruel y bestial. Zocta era cruel pero ladino. Adoptó un grave aspecto de hombre apabullado.

—Tu superior sabiduría siempre triunfa, Huaranca. ¿Qué ideó tu genio que no pude yo idear?

—Los Runas muertos.

—Están en el foso, Huaranca.

—Pactemos, Zocta. Si yo te doy medio de asaltar el castillo de Tumuc Humac y exterminar las mujeres rubias, ¿lo harás?

Comprendió tras unos instantes de reflexión Zocta, que lo que se proponía Huaranca era que su tribu quedara aún más reducida en el asalto, con lo cual seguiría la superioridad numérica de Huaranca.

No obstante replicó mansamente:

—Tu superior genio me ordena. Dime el medio.

—Los Runas. Que tus hombres se deslicen hasta quedar cubiertos por los cadáveres. De dos en dos empleen de escudo un cadáver de Runa. Después la cabeza les pertenecerá de todos los Runas. Trepando el muro, tus hombres se verán protegidos por el cuerpo del Runa, y los venablos no les herirán.

Zocta asintió varias veces. Tenía ya su proyecto. Aceptaba ser el Caudillo asaltante…

—Mis hombres — siguió diciendo Huaranca — lanzarán sus flechas contra las rubias mujeres que pretendan en lo alto de los muros cortar las lianas. Y se protegerán con los restantes Runas muertos.

—Grande es tu sabiduría—dijo sinceramente Zocta—y tuyo es el castillo de Tumuc Humac—añadió mintiendo.

Los dos centenares de jíbaros arrastráronse no formando masa, sino lento reptar ejercitado.

Las amazonas seguras tras sus muros, no tenían guardia exterior. Pensaban también que el espíritu de Tumac Humac las protegía…

Lazar Revers había en vano requerido a Tarua Bela para que colocara de noche varias centinelas…

Bajo los cuerpos de los Montañeros que yacían en el foso circular fueron deslizándose los jíbaros.

Los de Zocta iban atándose los cadáveres de forma que al lanzar las lianas hacia lo alto quedaran protegidos por ellos.

Los de Huaranca limitábanse a tomarlos como barrera desde la que poder disparar sus flechas…

Y cuando las lianas fueron lanzadas y ya los primeros cadáveres ascendían formando cuerpo con los primeros asaltantes, prorrumpieron todos los jíbaros en griterío ensordecedor.

Un escalofriante griterío que allá en la selva levantó ecos de rugidos de fieras inquietas, atemorizadas ante las manifestaciones de las fieras humanas…

Las amazonas bruscamente despiertas por las que guarnecían las almenas, corrían alocadas.

Era en vano que Lazar Revers tratara de ordenar calma… Las flechas atravesaban blancos cuellos femeninos…

Los cadáveres de los Montañeros seguían ascendiendo… Alguno que otro rodó estrellándose contra el suelo aplastando a los dos jíbaros portadores…

Entablábase ya el primer contacto… Como enanos diabólicos, los jíbaros protegidos por los muertos, asaetaban impunemente a las amazonas…

Lazar Revers batióse como un desesperado… Pero al fin, varias flechas hundiéronse en su cuerpo… Cayó muerto, cuando ya escasas

eran las Damas del Arco que combatían...

Zocta había hablado con sus hombres. Estos no se entretuvieron en su macabra labor triunfal que remataba sus luchas vencedoras.

Olvidaron las cabezas de sus víctimas.

Veían tremolar los remates de las lianas, anunciando que los jíbaros de Huaranca ascendían al interior del castillo que ellos habían ganado.

Zocta eligió el blanco de su flecha; el propio Huaranca, Huaranca, el que creíase superior, Huaranca que al cabalgar la almena, aulló brevemente y por última vez.

En su garganta vibró la flecha lanzada por Zocta, antes de hundirse mortalmente.

Y cuando ya no quedó uno solo de los jíbaros de Huaranca, Zocta, con alaridos triunfales, dió la orden de ritual.

Varios de sus hombres inclináranonse para arrojar al suelo los cadáveres de Montañeros. Empezaban a cortar cabezas.

Las lianas seguían tremolando, pero nadie les prestaba atención, porque todos dedicábanse a la macabra tarea...

Y los alevosos traidores, vieronse sorprendidos con el repentino fragor de numerosas descargas de mosquetón.

Los desbravadores del teniente Melchor Santana, no deseaban recibir la mordedura serpentina de las flechas.

La matanza copiosa, fué rematada por los desbravadores lanzando desde lo alto de los muros todos los cuerpos de los jíbaros y Montañeros.

En los fosos amontonáronse los cadáveres... Cadáveres que para siempre más al convertirse en osamenta darían una leyenda de terror al castillo que no volvería a ser guarnición española hasta dos siglos después.

Y Melchor Santana, junto a Lorenzo Olivares y al Pirata Negro, sintióse sensible.

—¡Lástima de hermosas!—suspiró. —¡Tripas y pezuñas! Las mujeres en la cocina... ¡Caramba!

Seguido por sus dos hijos, y los cuatro piratas, avanzó el Pirata Negro hasta descender las escaleras. Conocía ya el recinto.

Melchor Santana acompañado por Lorenzo Olivares, iba detrás, lamentándose de no haber podido hallar en vida a las amazonas, para intentar “domar” alguna de ellas...

Recorrieron varias habitaciones. Cejijunto, Carlos Lezama, sentía íntimamente una atroz zozobra...

Su amigo, el único hombre que con él compartió penas y alegrías además de Cien Chirlos, estaba muerto...

Una puerta cerrada fué abierta con precauciones.

Y se detuvo, espada en mano, al igual que los otros que le seguían. En el centro de la estancia, tendido en un charco de sangre, Diego Lucientes era la viva imagen de la muerte...

—¡Tripas y pezuñas!—exclamó enronquecida la voz de Melchor Santana. —¡Don Diego, mi buen amigo! ¡Fué un héroe!

—Su sacrificio no ha sido vano. Él y los otros dos héroes, dieron fin a los abyectos perros Montañeros—dijo Lorenzo Olivares.

Inclinóse el Pirata Negro, y dobló una rodilla para aplicar su diestra sobre el corazón del madrileño...

Y de pronto irritado, hizo algo que hasta al propio Melchor Santana le pareció bestial.

Asió los rojos cabellos del yacente, sacudiéndole la cabeza, mientras rezongaba:

—Borracho como una cuba, ¡maldita sea!...

Ambrosio Bustamante empezó a reír aliviado. Apreciaba mucho al “eterno estudiante”... Y aquellos hombres que acababan de pasar por reciente tragedia, empezaron a reír, porque también Carlos Lezama poniéndose en pie, reía, mientras volcaba sobre el rostro del madrileño el agua de otro odre, traído por Juanelo.

Diego Lucientes sentóse en el suelo. Se cogió la cabeza entre las manos y ojos cerrados, gruñó:

—¿Va a haber seriedad, sí o no? ¡Vengan ya los venablos, y dejadme en paz los bucles, muchachas!...

—¡Imbécil del demonio!—exclamó Lezama—. Ponte en pie, so borracho... Arriba...

Diego Lucientes pareció galvanizado. Abrió al máximo los ojos, y su ancha boca se dilató. Púsose en pie con gran esfuerzo... y encontró el apoyo del hombro de Cheij...

—Hola, hola, hola... Veamos, veamos... ¿Sueño ahora o estoy despierto?

—Estás apestando, como siempre, a vino.

—Olor delicioso y mucho más agradable que oler a cadaverina. Te saludo, conde Ferblanc. Como siempre llegas a tiempo.

—Gracias a Melchor.

—¡Tripas y pezuñas, don Diego!— gritó el teniente de desbravadores—. Celebro horrores veros en pie.

—Gracias a mi futuro yerno—rió Lucientes,—porque él me aguanta. ¡Repámpanos, amigos! He pillado dos cogorzas espantosas y consecutivas... Pero... el despertar es magnífico... aunque un león gruña... No seas así, hidalgo... ¿Qué culpa tengo yo de que aquí despacharan un mosto excelente?

—¿Qué es esta sangre?

—Era la de Olaf Bjordom, el Pepe que yo traje aquí para que lo despachurraran. Si estáis aquí es que no queda nadie ¿verdad?

—Sólo tú—gruñó Lezama.

—Ni para morir tengo yo seriedad...

—Pero la vas a tener de ahora en adelante, ¡mal rayo nos parta! Tu hija necesita un padre decente.

—¿Para qué, hidalgo? ¿No se lleva un marido espléndido?

—Lo quieras o no, te aguantarás como yo, dejándote ya de aventuras, y quedándote donde te corresponde. En nuestro hogar y... ¡Bueno, basta de monsergas! Retirada.

Fuéronse todos, menos Cheij y Humberto detenidos por el gesto del Pirata Negro.

Diego Lucientes, aunque bamboleándose, ostentaba un rostro beatífico. Sentíase como el hombre que viene desde muy lejos y se encuentra rodeado de calor cordial...

—¿Serenata, cachorro? — inquirió Lezama señalando los dos estucha de violín, que en extraña bandolera colgaban a ambos costados del busto de Humberto de Ferjus.

—Mi secreto, padre, que para mí quería guardar.

—Cuatro estamos sin secretos entre nosotros, aunque este maldito pelirrojo se sintiera héroe sin participarme lo que se proponía. Dice tu madre que la libertaste disparando como un rayo incesante..., Y tu madre no conoce la mentira...

Abrió Humberto sus dos estuches.

Cheij, Lucientes y el Pirata Negro aproximáronse.

—Repámpanos... Parecen culatas de pistola...

—Tate... Trae acá un cacharro de esos, hijo.

Era un ingenioso dispositivo. En un largo tubo de hierro hueco, adaptábanse cinco culatas de pistola amartilladas.

De martillo a martillo tendíase una cuerda de violín. La tripa de buey enroscábase al final en una llave…

El extraño instrumento fué examinado minuciosamente por Carlos Lezama y Diego Lucientes.

—Explica — solicitó el Pirata Negro.

—Lo construyó Gastón d´Arsonval, Decía que halló el plano entre unos papeles de un hombre al cual tenían por loco, y que se calificaba de inventor. Quemó Gastón los papeles… Cada giro de llave distiende la cuerda de violín, que al dejar de tensar el martillo, produce el disparo. Y así consigo cinco disparos en el tiempo de uno, con sólo aflojar del todo la cuerda por completa vuelta de la llave.

—¡Qué escabechina!—admiróse Lucientes—. Con este trasto hubiera yo andado por aquí dentro con mucha más tranquilidad y menos temblorcillos.

—Excelente invento, Humberto—dijo el Pirata Negro—. ¿Sabes qué vamos a hacer con él?

—Lo que tú quieras, padre.

—Romperlo, y esparcir al viento de la selva esas piezas. No soy ningún cordero…

—No cabe ninguna duda, hidalgo.

—Pero estimo que el saber humano debe aplicar su ingeniosidad a mejores resultados. Si ya con pistola de doble cebo, la gente se mata lo suficiente, sobra ese artefacto. Los hombres tienen ya bastante maldad recóndita, sin necesidad de darles nosotros juguetes para escabecharse con más rapidez.

Iba Humberto ayudado por Cheij rompiendo las piezas del ingenioso mecanismo.

Siguió Lezama diciendo:

—Al pasar de los años, y al progreso de la civilización, los hombres irán suprimiendo las armas. Los Estados emplearán sus fondos en construir albergues, proporcionar vida a cuantos gobiernen, y cesarán las luchas y las guerras. Contribuyamos, pues, a esa labor, destruyendo esas mortíferas invenciones.

—Me pasma lo profeta que eres, hidalgo—dijo con sorna Lucientes.

—Hoy estamos aún salvajes, estudiante… Pero los próximos siglos serán de luz.

—Ya lo creo. La luz será producida por unos cañones monumentales, y la gente se matará por bandadas

—No seas estúpido. El progreso...

—Eso es. El progreso significará que tendrán más talento que nosotros en el arte de matar. Hoy cogemos el caballo y a galopar, yendo por donde se nos antoja. Mañana tendrán que pedir permiso para ir a casa del vecino. Hoy nos estorba uno, y vamos y se lo decimos. Mañana, para suprimir al que nos estorbe, hablarán de humanidad y de que es un enemigo de la paz, y le atizarán con elegancia...

—No seas filósofo de poca monta. Si esto sucediera, sería que el mundo sería un rebaño de tontos dirigidos por tontos, y eso no sucederá. ¡Y al diablo con lo que pase cuando ya no viva yo! Lo que quiero dejar bien claro, es que yo, un pirata, no quiero dejar armas nuevas a los seres civilizados.

—¿Sabes que te quiero mucho, hidalgo?—rió Lucientes.

—¡Aparta, apestoso!

—Te quiero mucho porque con todo lo viril que eres, eres un ingenuo cándido. Crees en la humanidad.

—¿Pasa algo, tunante? Creo en que hay seres buenos,... como mi esposa, como tu hija, como Cheij, como Humberto, como maese Huarte...

—Minoría, y ganan los que son más En fin, hidalgo, tengo prisa por estar en casa.

—Tate... Hora era que te oyera decir algo sensato. ¡Pues, avante, tropa, que en casita nos esperan!

Quedaba muy atrás el macabro castillo, cuando Diego Lucientes que cabalgaba junto a Lezama, guiñó el ojo jovialmente:

—¿Has pensado en algo muy importante, hidalgo?

—Para ti queda pensar juiciosamente, talento. ¿Qué es eso tan importante?

—¿Si es nieto, cómo se llamará, abuelo?

—¡Yo seré abuelo, pero también tú, bellaco! Y si es nieto se llamará como debe llamarse, naturalmente. ¡Carlos!

—¿Y por qué no Diego?

—Sobra contigo.

—De acuerdo. Sigamos pues hacia el hogar, porque reina la concordia y la paz.

—¿De qué te ríes, bocazas?

—¡Qué suculento abuelito!

—Imbécil…—rezongó Lezama. Pero en el fondo sentíase muy contento y sin poderlo remediar sonrió.

Veíase ya en la paz del hogar, dando las primeras lecciones de montar a un robusto nieto, cuyo caballo sería su muslo…

SEGUNDA PARTE

PLENITUD

CAPÍTULO I

El arrepentido

Luis Vergara, marqués del mismo título, capitán del Tercer Tercio, espadachín consumado[5] y apuesto joven elegante, levantóse de la cama.

Estaba pálido, debido a larga convalecencia. Uno de sus brazos seguía en cabestrillo. El izquierdo podía ya moverlo...

Miróse en el espejo. En su mejilla había tres cicatrices aun rojizas. Formaban la letra “F”...

Era ya en él una obsesión el sentirse “degradado”. Seguía siendo capitán, pero se aborrecía. No era un caballero.

Evocaba el inicio de su mala acción. Al ser nombrado coronel del Tercer Tercio, el que siendo conde Ferblanc, había hecho famoso su apodo caballeresco del Pirata Negro, Luis Vergara decidió ser el gallo que sacara de quicio al nuevo coronel.

Lo que había empezado siendo simple rencilla, fué convirtiéndose en la mente de Luis Vergara en algo semejante a odio, al ver que eran infructuosos todos sus intentos de exasperar al conde Ferblanc.

Un odio complejo, en el que mezclábase cierto remordimiento, ya que en momentos de franqueza consigo mismo, reprochábase que por culpa del “apacible y exasperante” coronel Lezama, él, hasta entonces todo un capitán intachable, hubiera recurrido a indignas artimañas.

Había vertido calumnias, y ardiendo en deseos de enfrentarse espada en mano con Lezama, acudió a ardides impropios de un capitán español.

No importaba que a la vez que ofendía, sabía que de ser vencido, al agonizar, le quedarían fuerzas para pedir excusas sinceras.

La suerte que le esperaba nunca la habría podido imaginar. Y hoy, al mirarse al espejo, no pensaba en sus dos brazos heridos ni en su rostro herido con chirlo infamante.

Pensaba en que tenía desprecio de sí mismo. No acudía a matarse, porque lo consideraba cobarde...

Era el primer día que se levantaba. Descendió después de vestirse, y le salió al encuentro el único familiar que tenía: su hermana Begoña, una muchacha apenas mayor de diecinueve años, alta, esbelta, de claros ojos, óvalo delicado y exquisitamente gentil.

Abrazóse a su hermano, permaneciendo en silencio.

Luis Vergara prefirió romper el silencio, hablando de cosas ajenas a su incidente.

—¿Y tu prometido?

—Comerá con nosotros.

Baltasar Ibáñez, duque de Espliego, ciego a resultas de una flecha jíbara, era un cordobés de alma noble y hermoso semblante viril.

Sus otros sentidos estaban más agudizados desde que perdió el de la visión, y se puso en pie al oír pasos acercarse.

—Albricias, Luis.—saludó, y quedaron los dos confundidos en recio abrazo.

Y al igual como ningún oficial del Tercer Tercio hacía mención de la ceguedad del alférez Ibáñez, tampoco éste aludió para nada al duelo del capitán Vergara con Pañuelo Negro,

Sentóse Luis Vergara.

—Trataremos de hablar como buenos hermanos, Begoña. Es inútil ocultar lo que me sucede. Estoy arrepentido... y para mí sólo hay una solución. No quiero regresar al Tercer Tercio, más que para pedir excusas al coronel Lezama. Pediré ser dado de baja... y regresaré a España, donde ingresaré en Cartuja. Así lo he decidido.

—Perdona, Luis — intervino Ibáñez, cuyos anchos ojos sin vida, tenían la candidez propia de los ciegos cuyas pupilas ya no expresan pasión humana sino tan sólo ausencia—. No debes tomar tan a la tremenda un simple lance.

—En el que demostré mi carencia de caballerosidad... No protestes, Begoña. ¿Cuándo os casáis?

Vaciló ella en contestar. Y fué el duque de Espliego quien aclaró:

—Solicité del coronel Lezama el honor de contraer mi boda el

mismo día que su hijo mayor lo hiciera,

—Ah...—dijo Luis Vergara.

Era una sílaba que tanto podía significar oculto reproche, como conformación.

Begoña Vergara estalló:

—¡Tengo que hablar, Luis! ¡Y ahora mismo!

—Impetuosa tu prometida, Baltasar—sonrió Luis Vergara sin alegría. —¿Y qué motiva tu arrebato?

—¡Tú aborreces al conde Ferblanc!

—No, Begoña. Me aborrezco a mí mismo. Pero él, tuvo el gran valor de no matarme a puntapiés cuando fui a su propio hogar a provocarle... ¡Qué vergonzoso!—y el capitán cubrióse el rostro con la mano válida.

—No te atormentes en vano, Luis— imploró Begoña—. El conde Ferblanc es comprensivo.

—No tanto como para perdonar la peor ofensa.

—Escucha, Luis—intervino de nuevo el duque de Espliego—. Nos equivocamos al juzgar al Pirata Negro. Largo sería de relatarte cómo logró adueñarse de mi voluntad en misión muy delicada. Tu hermana estaba presta a sacrificar sus bellos ojos si yo persistía en negarme a casarme... Y nos vamos a casar gracias a nuestro coronel. Pero él me exigió que nada te dijéramos...

Levantóse Luis Vergara.

—Mi espada, Begoña. Mi chambergo.

—¿Dónde vas, Luis?—quiso saber ella, angustiada.

—A rendir pleitesía al coronel Lezama.

* * *

—Esta vez no peco de modestia, almirante: Si los Montañeros han quedado exterminados hasta el último se debe al heroico sacrificio de los capitanes de fortuna, Frasco Zarzales y Gastón d ´Arsonval, y al valiente suicidio frustrado de Diego Lucientes.

El almirante Juan Diéguez, sentado en la salita del hogar del coronel Lezama, al día siguiente del regreso de todos ellos, levantó la diestra en gesto perentorio.

—Gracias a vos, alma inspiradora de todos estos hechos, la Costa Dorada, como el Caribe, están apaciguadas, y no hay ya muerte errante por las montañas. El Virrey quiere recompensaros... pero ¡demontres!, sois tan quisquilloso, que no sabemos cómo.

—Me basta con este hogar, y con el aprecio que me tenéis. ¿Qué sucede, mayordomo?—sonrió el Pirata Negro.

Ambrosio Bustamante, con cara de pocos amigos, anunció:

—El capitán Luis Vergara, solicita ser recibido, señor coronel.

Brillaron intensamente los ojos del Pirata Negro. Púsose en pie el almirante Diéguez.

—Hasta mañana, amigo mío.

Marchóse el almirante, y Carlos Lezama, tras recobrar el ritmo normal de su respiración, dijo:

—Introduce, Pencas. Y que nadie venga por acá, mientras esté yo con el visitante.

En el umbral, poco después, Luis Vergara, destocado, brazo derecho en cabestrillo, lívido mortalmente, tardó unos instantes en



—Suplico que os dignéis escucharme, mi coronel.

decir:

—Suplico que os dignéis escucharme, mi coronel.

Carlos Lezama continuó en pie.

—Os escucho, capitán.

—Presentaros excusas no sería digno de vos, mi coronel. La ofensa que os inferí…

—Soy sordo, capitán Vergara. No oigo bien,

—Decía...

—No quiero oír. Hablad de otra cosa. ¿Es visita de servicio?

—Es visita voluntaria, señor.

—Entonces... largaos, marqués. Me repugna veros.

Luis Vergara tambaleóse un instante, densamente aumentada su lividez. Asióse con la mano válida al umbral.

Fué visible y evidente el gran esfuerzo con el cual se irguió. Desenvainó su espada, apoyó la punta en el suelo, y de recio puntapié quebró la hoja.

—De capitán a coronel—dijo incisivamente—. Visita de servicio. Rompo un acero que deshonré, y pido ser dado de baja en el Tercer Tercio, Regresaré a España.

—Buen viaje—dijo secamente el Pirata Negro.

Fingió no ver el gesto con el cual tendía Luis Vergara la empuñadura de su rota espada.

—No os retengo, capitán. Podéis iros.

Dio rígidamente media vuelta sobre sus tacones Luis Vergara. Había venido a pedir excusas, pero ahora le era imposible pronunciarlas.

Los ojos negros brillaban duramente mirándole, cuando dio otra media vuelta.

—De hombre a hombre, Pirata Negro—dijo trabajosamente el marqués de Vergara—Soy un canalla, y nunca me perdonaré el haber ofendido a vuestra esposa que...

—Mi esposa no puede ser nunca ofendida, Vergara. Quién de ella dijo necedades, su castigo llevó.

—Ingresaré en Cartuja, señor. Concededme la merced de que mi último acto mundano sea postrarme ante la señora marquesa de Ferjus... ¡y si lloran mis ojos, a vos no os pediré perdón! Pero a ella...¡dejadme pedírselo!

Asióse Luis Vergara al umbral. Pretendió erguirse... y rasgando un cortinaje cayó al suelo, desvanecido.

—Tate... Qué patético...—gruñó Lezama—. Desmayos y todo. ¡Ambrosio!

Acudió corriendo el navarro.

—Invita a tu señora, mi esposa, que venga.

Mireya de Ferjus lanzó un grito al ver al hombre tendido en el

suelo.

—¿*Le*... *le* mataste, Carlos?

—Tate... Otra patética — rezongó Lezama—. Este hombre se ha desmayado, porque no debió aún abandonar la cama.

—Que lo atiendan, Carlos.

—Ya se recuperará él mismo.

—No seas... tan duro con el pobrecito.

—¡Eso me faltaba por oír! ¿Conque pobrecito, eh? Este tipo te insultó y eso no se lo perdono.

—Yo sí.

—Vaya... Santa Mireya.

—Ni virgen ni mártir, sino casada y feliz, Carlos. Tengamos plenitud. Nuestros hijos y nuestro hogar... Lo tenemos todo... Perdona...

—No puedo. Pero... ¡allá tú!... Mira, tu perdonado, ya se remueve.

Arrodillóse Mireya de Ferjus que en su regazo colocó la cabeza del debilitado capitán.

—¿Os encontráis mejor, señor de Vergara? ¿Queréis un cordial?

—Veneno...—susurró colérico Lezama—. Dale veneno que eso merece.

—No seas rencoroso—murmuró ella. —No lo eres.

—Te insultó... ¡Al diablo! Haz lo que te dé la gana...

Luis Vergara abrió los ojos... Y lentamente empapáronse sus pupilas viendo sobre su rostro inclinado el virginal semblante de “la gran dama”.

—Perdón, señora—suplicó entrecortada la voz—. Mil vidas tuviera, mil diera para borrar mi canallesco comportamiento...

—No habléis, señor de Vergara. Estáis débil. ¡Ambrosio!...

El navarro mirando ferozmente al capitán, apareció en el umbral.

—Trae el vino inglés—dijo ella.

—El “brandy”—aclaró Lezama.

Luis Vergara se puso en pie ayudado por Mireya de Ferjus. Y de pronto dobló la rodilla.

Su mano izquierda asió la diestra de Mireya, y su beso resultó sonoro, mojado en lágrimas...

—Señora... Morir por vos... Perdón... Soy un canalla...

—Levantaos, por favor—pidió ella atribulada—. Ya todo pasó, capitán. Lo he olvidado... No fué más que un arrebato de joven... ¿Cuántos años tenéis?.. Veinticinco a lo más... Mi marido os exasperó y...

—¡Eso es!—exclamó el Pirata Negro—. ¡Encima yo voy a tener la culpa! Santa Mireya... Humildemente te ruego te ausentes. Te ha presentado el capitán Vergara sus excusas, y las has aceptado. Podéis poneros en pie, capitán Vergara. Mi esposa se ha ido.

Luis Vergara sonrió tristemente al ponerse en pie vacilante.

—Es una gran dama, mi coronel.

—Aquí tenéis el "brandy"—replicó Lezama tendiendo bruscamente el frasco que acababa de traer Bustamante.

—No os doy las gracias porque os molestaría. Pero necesito beber. Me flaquean las piernas.

Bebió ansiosamente el marqués. Dejó el frasco en la bandeja que presentaba Ambrosio Bustamante con cara de asco.

—Vete—ordenó Lezama. Y al desaparecer el "mayordomo", añadió: —¿Algo más, señor?

—Mi hermana os quiere. El alférez Ibáñez os quiere... ¿Por qué fui tan canalla que...

—Hace fresco fuera. Envolveos bien en vuestra capa al salir capitán Vergara.

—He roto ante vos mi acero mi coronel. Vos sois el Pirata Negro, leal y justo. Un hombre que por mucho haber vivido, perdona a los canallas, que arrepentidos así se proclaman.

—Quizás sólo un caballero tiene el valor de reconocer que un día no lo fué... Mirad, jovencito... Yo os detesto, porque sois el primer hombre que ofendió a Mireya... Ella os ha perdonado, porque es un engaño a la vista: parece una mujer y es un arcángel. Yo no os perdono. Pero dejad ya de citar lo ocurrido. Tenéis una hermana que es muy buena, y pensando en ella, os puedo soportar... sentaos, ¡por cien mil pares de demonios!... Hacedlo, que no quiero yo que de nuevo tenga que acudir corriendo mi esposa...

Sentóse pesadamente el capitán Vergara. Con un revés de la mano izquierda se frotó las pestañas...

—Mi coronel... Yo quiero que todos los oficiales oigan la confesión de mi vergonzoso acto, y la hidalguía de vuestro comportamiento. Y quiero que más adelante, cuando mi nombre sea

citado, no os produzca rencor. Que sólo os recuerde que era el nombre de un mundano del que en Cartuja irá a enterrar tu vida.

El Pirata Negro gruñó entre dientes:

—Qué Cartuja ¡ni qué zarandajas..! Mirad, jovencito: vos continuaréis siendo oficial, porque lo ordeno yo. Al igual que un arrebato os hizo ser mal caballero, otro arrebato os haría mal monje, y no lo quiero. Os hago una advertencia: al menor desliz os deslomo. ¿Queda claro? Os trataré con toda la rudeza posible. Y tal vea algún día… mi esposa os invite a comer, y no me quedará más remedio como anfitrión que estrechar vuestra diestra. Pero ahora, dejémonos de sentimentalismos… Si en parte os detesto menos, es porque habéis sabido decir incoherencias besando la mano de la que os ha perdonado. Tomaos unos días más de reposo, y cuando podáis pisar sin desmayaros, presentaos al coronel del Tercer Tercio, que como da la casualidad que soy yo mismo, no os morderá.

Luis Vergara levantóse, recogió si] chambergo, se lo encasquetó dificultosamente, pero se mantuvo erguido y su saludo fué compendio de marcialidad mientras decía:

—El capitán Luis Vergara agradece al coronel Lezama su perdón. El marqués de Vergara se honra saludando el título inigualable del Pirata Negro, de blasón sin mancha y bravura sin tacha.

Tardó Lezama un instante en contestar:

—Menos coba, joven… Id a reposar… Y como ésta ya no vale—y señaló en el suelo la rota espada—escoged de aquella panoplia la que más os guste. Es obsequio de Mireya de Ferjus, que devuelve bien por mal. Andad, capitán… y cierto quedo de que sabréis reconquistar vuestro renombre de capitán español, siempre caballeroso y que nunca a dama ofendió. Buenas tardes.

CAPITULO II

Los "abuelos"

Fué Ambrosio Bustamante el que cuando ya se hubo ido el marqués de Vergara, asintió a la pregunta del Pirata Negro:

—No es ser chivato, Pencas. ¿Verdad que ella escuchaba?

—Sí, señor. Pero salió corriendo a la que se iba el tipo ese.

—El tipo ese lo ha perdonado ya ella. ¿Vas tú a querer ser más que ella?

—Me libre yo, señor.

—Pues entornes el tipo ese se llama capitán Vergara, ¿estamos?

Poco después Mireya entraba en la salita. Carlos Lezama la miró arqueadas las cejas.

Ella vino a sentarse junto a él.

—Bueno, pues sí, escuché... No lo pude resistir. Has estado magnífico Carlos.

—Te vas volviendo muy aficionada a escuchar tras las puertas, santa perita en dulce. Hablando de todo un poco...—y aunque asumió un aire indiferente, Carlos Lezama no pudo disimular a los cariñosos y acostumbrados ojos, de su esposa, el orgullo que rebosaba al decir: —El Virrey ha dispuesto que mis dos cachorros sean nombrados a toda gala, oficiales del Tercer Tercio.

—¡Oh, Carlos, qué hermoso!—aplaudió ella.

—¡Oh, mi vida, qué dicha!—fingió él burlarse.

—Plenitud, Carlos. El hogar que anhelábamos. Gaby está loca de contento preparando su vestido nupcial...

—No, si al final aun tendré que ponerme guantes blancos y llevar flores.

—Claro que tendrás que hacerlo. Tú eres el padrino.

—¡Ni hablar! Yo soy el padre. Llevará las flores el pelirrojo.

Silbó estentóreamente el Pirata Negro, y tras Cien Chirlos

apareció Diego Lucientes.

—Hola, hidalgo. Me disponía a ir a reunirme con maese Huarte, que solicita mi ayuda para componer unas crónicas de rechupete

—Escucha, don Diego. Hay que ponerse serios de una vez por todas. Me acaba de decir Mireya que a ti por padrino te toca llevar las flores el día de la boda.

—¡Pues sí que haría yo bella figura llevando flores al altar! —protestó Lucientes, torciendo el gesto.

De pronto ladeó la cabeza y miró a “Cien Chirlos” que sonriente asistía al diálogo.

El Pirata Negro también miró a su lugarteniente...

La primera en reír fué Mireya. Adivinaba lo que significaban las miradas regocijadas de los dos hombres.

“Cien Chirlos” empezó a inquietarse perdiendo la sonrisa...

—Tate... Pero si es verdad—dijo seriamente el Pirata Negro. —El padrino de los mozos es este santo varón, de arrogante figura guerrera. ¿Eres o no el padrino de Cheij, guapetón?

—Lo soy, señor... según para qué.

—¿Cómo es esto, viejo? ¿Motín a estas alturas?

—Es que se está oliendo un mazo de florecitas—rió Lucientes.

—¡Tú llevarás las flores, don Marcelo.

—Señor...—y casi pareció que el viejo pirata fuera a arrodillarse. —Yo no sirvo para eso... Puedo tropezar por la emoción... y el ramo... Además, tu esposa mi señora, me dará la razón. ¿Verdad, señora Mireya, que el ramo debe llevarlo alguien que sepa llevarlo como pertenece?

Mireya de Ferjus sonrió con pícara mueca.

—Lo siento, don Marcelo. Pero si vos os negáis a participar como padrino en la boda de nuestros cachorros, me sentiré disgustada, muy disgustada, ¿sabéis?

Frotóse “Cien Chirlos” la suela de una bota contra el empeine de la otra.

Y por fin, casi en un balido, suspiró:

—Si es así, señora Mireya... yo, pues... ¡yo llevaré el ramo!

Levantóse ella y rodeó el cuello del viejo pirata con sus brazos, mientras estampaba un sonoro beso en la curtida mejilla poblada de cicatrices.

—Os quiero mucho, ¿sabéis padrino? Ahora voy a comunicar a

Cheij y a Gaby que habéis consentido en llevar el ramo.

Quedáronse los tres hombres solos. “Cien Chirlos” semejaba estar en éxtasis.

Rezongó el Pirata Negro:

—Nos trata como a niños… Hace de nosotros lo que quiere. Y lo más graciosos, es que, ¿se queja alguno?

—Basta ver a don Marcelo—dijo Lucientes riendo.

—Plenitud tenemos. Hogar, reposo, felicidad. ¿No nos empachará? El “Aquilón” duerme… Pero de vez en cuando por su casco pasan estremecimientos. Es que oye lejanas llamadas de las olas… En fin, a lo nuestro de ahora. ¿Sabéis que el Virrey ha nombrado oficiales del Tercer Tercio a Cheij y a Humberto?

—Majos estarán, señor—dijo entusiasmado “Cien Chirlos”—. Que es uniforme muy regio y los pondrá guapos de veras.

—Coronel y padre… Repámpanos… ¿Y mi nieto qué será? ¿Teniente de Artillería al nacer?

—Oye tú… Eso del nieto tuyo, también lo será mío, y más mío, porque tú eres un tarambana, y el día menos pensado te ahogas en un barril…

—¡Se llamará Carlos! —exclamó “Cien Chirlos” con vigor.

Rieron los dos futuros abuelos.

—Por partes, botarate. No hay que vender la piel del oso antes de cazarlo. Por ahora la boda… y después lo que la cigüeña traiga. Nos vamos poniendo viejos…

—¿Viejo yo?—protestó Lucientes.— Esta misma mañana una moza al pasar por mi lado me dijo: “¡Olé tu cuerpo serrano, pelirrojo!” Y he de dar mucha guerra aun…

—Pues yo me siento más fuerte que cuando pisé la primera cubierta de barco pirata. ¡Qué tiempos! Recuerdo que entonces yo quería ser el Rey del Mar. Era toda mi ilusión… ¿El Rey del Mar? De mis dieciocho años a mis treinta y tres sólo pensaba en esto. No estabas tú conmigo aún, Diego Lucientes. Hermosa época: a pelea diaria, y a desplante cada minuto. Y nunca pude imaginar que en coronel terminaría, y con un pie en el camino de ser abuelo.

Evocó Lezama, suspiró “Cien Chirlos” y sonrió Lucientes. El que en su juventud se propuso ser el rey del mar había triunfado en mar y tierra.

—Abur, hidalgo. Voy a cortar la mejor de las plumas para

escribir la más sentida crónica en honor a la boda del gallardo chacal con la linda pelirroja.

“Colasa”, la perra lanuda y rolliza, acogió con grandes muestras de alegría a su dueño y señor. Y devoró su pitanza, mientras meneando el rabo parecía aprobar las divagaciones de “Cien Chirlos”:

—Es el más feliz epílogo, hermosa. Como dice él, ya Humberto se consuela con la música hasta que encuentre otra novia. El chacal se casa. Somos “gente”, y el mismo virrey es todo nuestro... y eso que antes tipos de ese calibre nos andaban persiguiendo de continuo... ¡Ah, pero no en balde él fué EL REY DEL MAR!

CAPÍTULO III

El capitán Vergara y Genoveva Lirio

En la sala de estandartes del Tercer Tercio, hallábanse reunidos todos sus oficiales, convocados amistosamente entre sí, para dar la bienvenida al capitán Luis Vergara, que se reincorporaba al servicio activo después de "una larga convalecencia".

Todos ellos sabían que el capitán Vergara, primer espadachín del Tercio glorioso, no sólo había sido vencido en duelo por un misterioso enmascarado, sino también escarnecido espada en mano por su contrario, hasta el punto de que éste pudo marcar a punta de acero una infamante cicatriz en la mejilla del oficial marqués de Vergara.

No obstante, nadie hacía comentarios sobre ello. Era un conjunto de jóvenes bienhumorados, muy puntillosos, y que tenían a mucho orgullo, el que entre ellos sólo pudieran formar aquellos que poseyeran título y hechos de armas.

Cuando Luis Vergara, brazo en cabestrillo y mostrando en el demacrado rostro las huellas de su reciente convalecencia, penetró en la sala de los estandartes, todos le saludaron con efusión, pero evitando cuidadosamente la menor alusión a lo sucedido.

Por eso mismo, cuando al hallarse todos ya sentados, y en pie Luis Vergara para, como era costumbre, agradecer con corto discurso humorístico el recibimiento, oyeron las primeras palabras y vieron el primer gesto del homenajeado, reinó cierto malestar.

Luis Vergara, con el índice de su mano izquierda, golpeábase repetidamente la mejilla donde aún rojeaba la triple cicatriz.

—Señores, os ruego tengáis la cortesía de mirar con detenimiento esta marca que surca mi mejilla. Es afrentosa.

Y Luis Vergara hizo una pausa prolongada, que aumentó el malestar de los oficiales que le escuchaban atentos.

Insensiblemente, como fascinados, todos miraban la triple cicatriz donde repiqueteaba el dedo índice del capitán.

—He quedado señalado merecidamente. Debo confesar ante todos vosotros que impulsado por necia vanidad cometí una acción impropia de oficial e indigna de un español. Ofendí a una dama intachable vertiendo calumnia. Hoy, levantado por vez primera, he visitado a nuestro coronel.

Aumentó el asombro de todos al oír las dos últimas palabras. Era una ordenanza tácitamente obedecida por todos, el no referirse al que mandaba el Tercer Tercio por su grado, sino por su título, como dando así bien a entender que los oficiales no admitían la superioridad sino el mando impuesto.

Y precisamente había sido el capitán Vergara el cabecilla de aquella conspiración de cuartel y el más acérrimo detractor del que siendo antiguo pirata, era hoy coronel de española infantería.

—Sí, señores, repito: nuestro coronel. Porque si alguien hay ante quien yo me incline, como hombre, y ante quien como oficial proclamo el más justo de los jefes, es nuestro coronel Lezama. A nuestra cerril actitud de vanidosos, supo oponer una sonrisa apacible. ¿Sabéis por qué? Porque deseaba hogar para su esposa, la señora marquesa de Ferjus, primera dama nuestra.

Sonrió ahora Vergara.

—Nunca aludimos al corazón, amigos míos. Es ley extendida que entre hombres no se menciona esta sensible pieza de nuestro cuerpo. Nos vanagloriamos de buen estómago, de fuerte brazo o de hábil espada. Y queremos alardear de rudeza Pues bien, señores, yo he llorado arrodillado ante la diestra de nuestra coronela.

Hizo otra pausa para mirar uno tras otro a los oyentes.

—Gracias. Veo que ninguno de vosotros sonríe. Sabéis que motivos muy importantes me hacen hablar así. Sabéis ya que han sido nombrados oficiales compañeros nuestros, Humberto de Ferjus, y Cheij Lezama, conde de Ferblanc éste y marqués de Ferjus el menor. Hijos de nuestro coronel. Recibirán la más cordial acogida, porque tenemos obligación de reconocer y admitir que son los hijos del primer caballero español que, siendo pirata, ha logrado ennoblecer su vida con continuadas muestras de hidalguía. Hay más: Cheij Lezama, alférez del Tercer Tercio, se casa A su boda, todos nosotros, atuendo de gala y formando arco triunfal,

lanzaremos los “¡vivas!” no de ritual en semejante caso, sino espontáneos y que surjan de nuestro corazón. Habla, Madrazo, que veo ardes en deseos.

Levantóse el aludido y veíase que buscaba las palabra. Por fin, pareciendo realizar esfuerzo sobrehumano dijo:

—Lo siento, Vergara. Estaré a tu disposición cuando me lo ordenes, en la Ermita Vieja, para darte satisfacción con la espada. Pero disiento. Si tú has variado de parecer por lo que respecta al conde Ferblanc, yo persisto en afirmar que no es más que un pirata perdonavidas, si bien admito que nada hay reprochable en su vida aventurera. Pero me niego a tolerar como iguales a sus hijos y mucho menos a asistir a la boda. He dicho y creo que muchos de los aquí reunidos comparten mi opinión.

—Bien, Madrazo. Tienes derecho a hablar así, ya que no he mencionado la razón por la cual he experimentado tan brusco cambio. Escuchadme bien, porque son dos relatos interesantes. El uno se refiere a una boda que se realizará a la par que la de Cheij Lezama. La boda de mi hermana Begoña con el alférez Ibáñez.

Relató Vergara la ignorada intervención en el caso del duque de Espliego y terminó relatando su reciente entrevista con el Pirata Negro en su domicilio.

Al terminar su evocación, reinó un largo silencio.

Si estaban emocionados, ninguno quería demostrarlo. Por fin, Madrazo levantóse, alzando su copa.

—Señores oficiales: ¡brindo por nuestro coronel!

Todos a la vez pusiéronse en pie, repitiendo el brindis. Agotaron el contenido de ellas. Escanció más el propio Madrazo.

—Ahora, señores, considero superfluo manifestar que sabremos en el acto de la ceremonia nupcial, demostrar que nadie gana en espontaneidad y corazón a los oficiales del Tercer Tercio. Buenas tardes, fray Hernando...

Saludaron todos con inclinación de cabeza al franciscano capellán que acababa de entrar.

De menuda estatura, tonso cráneo y corta barba canosa fray Hernando avanzó cogiendo una copa.

Habíase hecho muy popular, porque dominaba el arte de con gracejo decir grandes verdades.

—Nunca bebo, señores oficiales, y no porque el vino no me

deleite, sino porque hice promesa de dejar de ser un borracho cuando revestí este sayal. Pero hoy, mojando mis labios, me asocio a vuestros brindis... y a la vez me acuso del pecado de haberos escuchado sin hacer acto de presencia.

—Gran pecador sois, fray—rió un comandante.

—En lo Alto reina la alegría cuando en la tierra el pecador reconoce sus errores. Y por eso reina también aquí la satisfacción. Hora era ya de que cesaréis de oponer reticencias a vuestro coronel, que como vosotros, peca de orgullo viril. Pero debo intervenir yo, porque es preciso que el Tercer Tercio tenga a gran gala el ser mandado por el que entre las tentaciones de la vida azarosa del mar, supo ser el Pirata Hidalgo. ¡Brindemos, pues, por el Pirata Negro!

Terminado el brindis, fray Hernando sonrió al oírse interpelar por el alférez Madrazo:

—¡Caramba, fray! Vuestro hábito no es el apropiado para ensalzar a un pirata, por más hidalgo que sea.

—Cuantos franciscanos oyen hablar del Pirata Negro, sonríen agradecidos, y en sus rezos imploran la esperanza de que Allá sabrán juzgar con inmensa sabiduría a Carlos Lezama. Que si él ha devuelto espada de caballero a nuestro capitán Vergara, y luz de alma a los ojos del alférez Ibáñez, también antaño salvó a muchos franciscanos de horrible suerte porque al morir hubieran convertido en criminales a sus agresores.

Narró fray Hernando lo ocurrido contra Los Filibusteros de Chester Tramp, y terminó:

—Y desde el altar, al unir en santo matrimonio a Cheij Lezama con Gabriela Lucientes, imploraré la gracia divina para el hogar de nuestro coronel, el excelentísimo Pirata Negro.

* * *

—El diablo os haga, cosquillas en el ombligo con hierros candentes de triple filo, maese. Sois un espantoso cretino adulón y además un matón perdonavidas.

—¿Yo, pobre de mí?—casi sollozó Alfredo Huarte—. Pero ¿qué he hecho yo, don Diego?

Diego Lucientes dióse un manotazo en el pecho.

—Me acusáis de ser un talento desperdigado. Me colgáis el sambenito de que sólo trabajando seré digno componente del hogar

del coronel Lezama. Y por último, aseguráis que no tendré perdón si no acepto la misión de continuar publicando “La Voz del Hurón” en Latacunga.

—Es que yo tengo que ir a…

—No os salgáis por peteneras, maquiavelo. Yo para divertirme consentí en ser Genoveva Lirio, pero no soy tan lirio como para meterme a trabajar.

—Por el bien de…

—¡Abajo las moralejas! Yo por el bien de mi propia panza, declaro que tener una obligación es aceptar una responsabilidad y yo soy un irresponsable.

Engallóse el gacetillero, temblándole las antiparras al extremo de su sudorosa nariz.

—¡Se acabó! ¡Don Diego! Exijo que dejéis de ser un niño mal educado, porque sois muy hombre y vais a demostrarlo. ¡Repámpanos! Tenéis una hija que se va a casar y estáis obligado a tomar la vida con seriedad.

Detúvose alarmado el pequeño gacetillero, porque iracundo el semblante, Diego Lucientes asiéndole por un hombro con la mano de hierro, parecía dispuesto a aplastarle.

Y de pronto, el pelirrojo empezó a reír inconteniblemente, soltando a Alfredo Huarte…

—Mi última broma, maese. Tenéis razón. He de ponerme serio sin por eso perder el buen humor. Continuaré siendo Genoveva Lirio como distracción, pero a la vez me ocuparé que vuestra voz valiente siga oyéndose impresa.

—Sois noble, leal, generoso, caba… —empezó a exclamar Huarte.

—Soy muchas cosas. De acuerdo, maese. Y vos iréis rectamente a sentaros junto a San Alfredo, el día en que cualquier lector enojado os rompa el cuerpo. Abur, maese, que tengo ganas, de escribir…

Pluma en mano, empezó Lucientes a confeccionar la crónica en que “la solterona avinagrada” destilaba miel por excepción, elogiando la deliciosa significación que tenía para las almas buenas la plenitud que imperaba en el hogar del coronel Lezama.

Alzó la pluma y la vista, cuando ante su mesa se detuvo el capitán Luis Vergara.

Diego Lucientes enrojeció a su modo, cuando la cólera le invadía, es decir: la cicatriz de su frente tornóse granate.

—Entrada libre para las personas, señor—dijo, secamente—. Pero no para los cerdos, y de vos hablo, al ofender al pobre productor de jamones. ¿Está claro?

—Muy claro—admitió Vergara, enrojeciendo a su vez—. Y no tengo costumbre de oírme insultar sin... Excusadme. Acabáis de cometer una equivocación.

—¿Ah, sí? ¿Cuál, querido?

—Me comparasteis a un cerdo y sale perdiendo el animal. No tengo por costumbre dar explicaciones de mis actos, pero fuisteis testigo de la canallesca manera cómo me comporté cuando fui recibido por nuestra coronela, la gran dama Mireya. Ella me ha perdonado y el excelentísimo señor el Pirata Negro, me regaló nueva espada, porque deshonré la otra. ¿Puedo seguir hablando sin que me miréis con asco?

Diego Lucientes, sin saberlo, repitió una frase de Lezama:

—Sólo un caballero sabe reconocer que no lo fué en determinada ocasión. Sentaos, si os place, ¿en qué puedo serviros?

Sonrió Vergara sentándose, y palpando su cicatriz, dijo:

—¿Vos, amigo?

—¿Yo? ¿Qué?

—Nadie sabe ni encontró a “Pañuelo Negro”. Dicen que murió, pero no lo creo. Os reputan una fama envidiable. Sois el único hombre que espada en mano resistió en duelo a muerte al que es vuestro mejor amigo y consejero: nuestro coronel Lezama. Pregunto, pues... ¿fuisteis vos el que bajo el negro pañuelo de encajes me marcasteis merecidamente?

—No. Palabra de Diego Lucientes, y no fué por falta de ganas. Pero no quiero atribuirme más famas que las que ya padezco.

—Creí que erais vos. Pero no tiene ya importancia. Lo esencial es que mi coronela Mireya, la más bella y santa de las mujeres, me ha perdonado.

—¿Un trago, capitán?

—Muy gustoso. Nada hay mejor que el vino para fortalecer.

—Córcholis...—aprobó Lucientes—. Vamos simpatizando, capitán. Trasegad ese mosto y veréis que es del mejor.

—Cierto—paladeó Vergara—. Cepa riojana, clarete de dos

lustros.

—Repámpanos... Sois un talento, capitán. Bien, hombre, bien. Me place vuestra visita. Y repito, además de vino, ¿en qué puedo serviros?

—Una crónica.

—¿Mojada en vino, en vinagre o en tinta?

—Buena idea me dais. Decid que como tinta habéis empleado la sangre del corazón de todos los oficiales del Tercer Tercio, que con su capellán al frente, y por mi representación, deseen hacer saber al pueblo de Latacunga, que salvo fray Hernando, los demás del primero al último fuimos unos borricos al recibir con hostilidad a nuestro coronel, el magnífico conde Ferblanc y el insuperable Pirata Negro.

—Algo fuerte la palabra borricos, ¿no os parece, capitán?—sonrió Lucientes—. Emplearé la de asnos.

—De acuerdo. Y añadid que todos tenemos ahora como principal blasón de orgullo el de ser mandados por quien nuestras vidas tiene a su disposición. Bueno, floread eso y al pie constarán todas las firmas de los oficiales.

—Gustosísimo.

—Otra crónica si no es abusar, desearía.

—En tratándose de dar coba a los míos, avante, capitán, que soy el más sumiso de los bisoños.

—La Primerísima Dama, el Chacal y la linda Gabriela—y ahora fue Vergara el que rió—. No os costará trabajo elogiar a vuestra obra de arte. Os felicito, don Diego. Y haced mención de que todos esperamos ansiosamente demostrar públicamente nuestra sincera adhesión a la felicidad del hogar del coronel Lezama.

—Un feliz epílogo—comentó en voz alta Lucientes, disponiéndose n escribir y cuando ya habíase marchado Vergara—. Y así me gustan a mí las historias. Que terminen bien, ¡repámpanos!

CAPÍTULO IV

Arco triunfal

—No sé lo que me sucede, padre... Pero me siento muy mal... Quiero respirar sales. Me voy a desmayar.

—Repámpanos, doña. A mí eso me pasaba cuando me esperaba el verdugo, pero a ti te espera un marido guapísimo y saleroso. No te pongas melindrosa, o... ¡suspendo la boda, córcholis! ¿Eres o no mi amazona valiente?

—Sí, padre—dijo ella en un hilo de voz.

Estaba encantadora con sus albos ropajes, sonrosado por la emoción el semblante y temblorosos los labios.

Diego Lucientes, espléndidamente ataviado, sentíase también algo débil, pero no podía acudir a su “tónico”. Había prometido a Lezama no beber hasta después de celebrada la ceremonia.

—¡Apremia, doña! Nos esperan en el templo.

—Lo que te hace darme prisas es que no puedes soplarte un lingotazo hasta que me case...—dijo ella, riendo nerviosamente.

—¡Qué pena! ¡Qué dolor! La niña casadera, empleando términos propios de un... de un cualquiera.

—Vámonos ya, papá. Estoy entontolinada...

—Te despertarás cuando tu Cheij te mire con ojos de carnero degollado.

En la carroza añadió Lucientes:

—Es el día más bonito de tu bella vida, Gaby... Lo lamento, pero me siento más tierno que un requesón. Se llevan a mi tesoro...

—No, padre.—Y se abrazó ella convulsivamente al cuello del autor de sus días—. ¡Siempre juntos, día y noche, siempre!

—Hombre, doña—sonrió, húmedas las pupilas, Diego Lucientes —. Día y noche, no... ¿te das cuenta, verdad?

Sonrojada ella, besó repetidamente las mejillas del pelirrojo.

—¡Seré feliz, tan feliz, que... que me moriré!

—Ya será menos por suerte. Bueno, ahora, seriedad y finura, tormento. Todo Latacunga nos espera.

* * *

—Yo opino que este escupitajo final ha puesto mis botas relucientes como espejos. Tampoco tú estás mal, Juanelo.

Estaban los tres piratas esperando para dirigirse al templo a que llegase “Cien Chirlos-”.

—¡Aiba!—murmuró Juanelo, al ver llegar a “Cien Chirlos”, vestido de nuevo y portando con extremada delicadeza un grandioso ramo de flores—. Si parece un elefante con un lacito rosa al cuello.

—Está jamón — retorcióse Lucio Agudo, conteniendo la risa.

El navarro casi bizqueó mirando al lugarteniente que se aproximaba.

—Yo opino que está muy majo. No os riáis, pendejos. O... aplastará el ramo contra nuestros hocicos. Hola, don Marcelo. ¿Preparados todos?

—¡Preparados!—rugió “Cien Chirlos”—. Y el que quiera reír que lo haga ahora, porque en estando casándose mis... los muchachos, os pondréis firmes como estacas y si alguno de vosotros es tan desgraciado para reírse, lo mato. ¡Lo mato!

—Hombre, compadre—rogó riendo Juanelo—. No seas asesino. Déjame que me desahogue ahora. ¡Es que estás finísimo! ¡Aiba! ¡Si se ha puesto algo pegajoso en la cresta!

—Pomada que me dió la señora— dijo dignamente el viejo pirata—. Es que se me levantan loa cabellos y hoy no pueden hacerlo. También vosotros, con tanto reíros de mí, os habéis perfumado porque no huelo como de costumbre al estar a vuestro lado. Bueno, ya sabéis, en entrando, derecho tras de mí. Nos colocamos tras el jefe y atentos a lo que él haga. En pie, si lo está. Rodilla en tierra, si lo hace. Y tiesos como mástiles en calma chicha.

—Está muy bueno eso de que nuestro jefe nos haya escogido como testigos.

—Porque somos los cuatro mejores del “Aquilón”.

—Yo opino que lo que estará magnífico es la música que tocará Humberto. Dice Cheij que ha compuesto una cosa de pájaros preciosísima.

—Un “Ave”, so bruto. Bueno, en marcha. ¡Fir… mes! ¡De frente, mar!

El templo estaba profusamente laminado con velas perfumadas. Nubes de incienso aumentaban la solemnidad del acto.

Cuando la ceremonia terminó, el virrey vino a besar la diestra de Mireya de Ferjus.

Ambrosio Bustamante miró de reojo a “Cien Chirlos”. Empañadas las pupilas, aclaróse la garganta el navarro para susurrar:

—Este violín me ha puesto flojo, compadre.

—Y a mí—aceptó “Cien Chirlos”.

En el exterior, al aparecer la pareja, veinte oficiales del Tercer Tercio, desnudas las espadas en alto, las cruzaron en dos filas de a diez.

Bajo el arco así formado, desfiló Gabriela Lucientes asida fuertemente del brazo de Cheij Lezama.

—¡Viva el alférez Lezama!

—¡Viva la más linda de las recién casadas!

Notábase que las estentóreas aclamaciones eran espontáneas…

Desfilaron después el duque de Espliego y Begoña Vergara.

Y por último, del brazo de Carlos Lezama, salió Mireya de Ferjus, sonriendo incesantemente y riendo feliz.

—¡Viva nuestra coronela!

Fué una ovación prolongada. Y, por último, la voz de Luis Vergara resonó vigorosa:

—¡Viva el Pirata Negro!

Y en el arco triunfal, las espadas entrechocáronse por tres veces, simbolizando la total entrega de las voluntades al que, empezando su juventud como Rey del Mar, había logrado imperar como el pirata hidalgo.

FIN

¡La más trepidante literatura! ¡La preferida de la juventud!
¡La que elevará su ánimo a las más altas cumbres de la emoción!

EL PIRATA NEGRO

La más audaz existencia puesta al servicio de la aventura, sobre el escenario prodigioso de los siete mares.

TITULOS PUBLICADOS:

1.—La espada justiciera.
2.—La bella corsaria.
3.—Sucedió en Jamaica.
4.—Brazo de hierro.
5.—La carabela de la muerte.
6.—El leopardo.
7.—Cien vidas por una.
8.—La bahía de los tiburones.
9.—El corso maldito.
10.—Rebelión en Martinica.
11.—Los filibusteros.
12.—La primera derrota.
13.—La dama enmascarada.
14.—Los tres espadachines.
15.—Los mendigos del mar.
16.—El rey de los zíngaros.
17.—Noches fantasmales.
18.—Montbar, el exterminador.
19.—La tumba de los caballeros.
20.—Frente a frente.
21.—Esclavitud y rescate.
22.—Deuda saldada.
23.—El holandés fantasma.
24.—"Mezzomorto".
25.—Mares africanos.
26.—Enemigos irreconciliables.
27.—La ciudad invisible.
28.—El capitán Lezama.
29.—Contra viento y marea.
30.—Manopla de terciopelo.
*31.—El caballero errante.
32.—Sucedió en Sevilla.
33.—La tizona toledana.
34.—Máscara de flores.
35.—Angus el tenebroso.
36.—La furia española.
37.—Dos españoles en París.
38.—Intriga macabra.
39.—La mujer del vampiro.
40.—El castillo de Civry.
41.—Los cuervos.
42.—Odisea en Italia.
43.—Los cuatro dogos.
44.—La princesa azul.
45.—Tres amores.
46.—Escala en Tinerfe.
47.—Los negreros.
48.—Rumbo al Caribe.
49.—Rebelión criolla.
50.—El hijo del Pirata.
51.—"El Chacal".
52.—La Legión del Mar.
53.—La Amazona.
54.—Un violín en la tormenta.
55.—Los tres trotamundos.
56.—El Marquesito.
57.—Reunión en palacio.
58.—El león plateado.
59.—El pirata novel.
60.—El reto del "Chacal".
61.—La costa dorada.
62.—En pos de "El Chacal".
63.—El "León" y "El Chacal".
64.—Aguas revueltas.
65.—La voz de la sangre.
66.—El verdugo espera.
67.—Tres cabezas.
68.—Las damas del arco.
69.—La fortaleza sitiada.
70.—Manada de lobos.
71.—Una familia peligrosa.
72.—La dama del mesón.
73.—Cara y cruz.
74.—Hogar, dulce hogar.
75.—Pañuelo Negro.
76.—La hija del Virrey.
77.—Capitanes de fortuna.
78.—El violinista aristócrata.
79.—Arenas movedizas.
80.—El brujo del mar.
81.—El lince desorientado.
82.—Los montañeros.
83.—Señuelos vivos.
84.—Los sentenciados.

EDITORIAL BRUGUERA · BARCELONA

Notas

[1]Ver *Los Sentenciados.* < <

[2] Véase *Los sentenciados* <<

[3] Véase *Señuelos vivos.* < <

[4] Véase *Las damas del arco.* < <

[5] Ver: *“Hogar, dulce hogar…”*<<